

Michel Sauval

www.sauval.com

El fracaso de las instituciones “psicoanalíticas”

Carta abierta a la “Red de Foros”
(antecedente de la *Internacional de los Foros del Campo Lacaniano*)
(Noviembre/Diciembre 1998)

El fracaso de las instituciones "psicoanalíticas"

Michel Sauval

*"Nous entendons montrer en quoi
l'impuissance a soutenir authentiquement une praxis se rabat,
comme il est en l' histoire des hommes commun,
sur l'exercice d'un pouvoir"*
J. Lacan

Sumario

Contexto

Primera Parte

- [Miller, la AMP y Lacan](#)
- [Situación internacional](#)
- [El verdadero alcance de la crisis](#)
- [La cuestión de la garantía](#)
- [El mercado del psicoanálisis](#)

Segunda Parte

- [La politización del psicoanálisis](#)
- [La alienación capitalista](#)
- [Desviaciones del psicoanálisis](#)
- [Proposiciones para una institución de psicoanalistas](#)

Contexto

La "red de Foros" a la que estaba dirigida esta carta surgió a partir de la convocatoria abierta que hicieron quienes abandonaron la Asociación Mundial de Psicoanálisis luego del Congreso de julio de [1998 en Barcelona](#) (España). De esta "red de Foros" derivó luego la *"Internacional de los Foros del Campo Lacaniano"* y la posterior *"Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano"*. Los foros de Buenos Aires (Argentina) y Sao Paulo (Brasil) fueron los únicos donde los ex-miembros de la AMP eran franca minoría, y donde la convocatoria anteriormente mencionada dio lugar a un reagrupamiento de psicoanalistas mucho más amplio que la sola escisión de la AMP¹.

Esta carta fue escrita entre noviembre y diciembre de 1998, de prisa, en vísperas de la primera visita de Colette Soler (y la plana mayor de la "red de Foros"), al recientemente creado Foro de Buenos Aires, para dar cuenta de las razones de mi participación en el mismo. Supongo que el contenido de la carta da cuenta también (por anticipado) de las razones por las que poco después "me renunciaron" (ver [otros textos](#) de mi participación en ese Foro).

Pero, por sobre todo, esta carta fue la ocasión, para mí, de hacer un balance, no solo de mis experiencias institucionales, sino de mi relación con el psicoanálisis y con los psicoanalistas.

¹ Algunos detalles de los debates que esto generó se encontrarán en este mismo foro: "[textos y debates](#)" y "[la crisis de 1999 en los foros de Buenos Aires y Sao Paulo](#)"

En ese sentido, más allá de cuantos la hayan leído, o de si le habrá servido a alguien, lo que sí sé es cuanto me ha servido a mí mismo el escribirla. Y por eso la mantengo pública.

A pesar de que hoy tendría que reconocer que en más de un punto esta carta patea puertas que ya habían sido abiertas por otros (por ejemplo: el tema de la responsabilidad de Lacan respecto de Miller, la ECF, la AMP, la transcripción de los seminarios, etc.; ya que entonces no conocía todos los textos de Jean Allouch y la ELP) creo que de todos modos esas puertas las he pateado con cierta particularidad (es decir, como tiene que volver a hacerlo cada cual, supongo) y con diferencias que considero relevantes.

Y en muchos otros puntos la carta plantea cuestiones a las que la comunidad de los psicoanalistas insiste en no prestar atención y con las que, por ello mismo, sigue enredándose, y cada vez del peor modo.

Primera Parte

25/11/98

Miller, la AMP y Lacan

Quisiera comenzar por el repaso de algunas referencias.

Hay un punto que señala C. Soler en su intervención en el forum del 1º de octubre del 98 que creo que sería importante atender: "*el problema que nuestra Escuela debe resolver es un problema que todas las instituciones analíticas tienen que resolver. Este problema sostiene, para decirlo del modo más simple, en la tensión entre el discurso del amo y el discurso analítico. No hay agrupamiento humano que no esté estructurado por el discurso del amo*".

Voy a retomar en detalle estas consideraciones, pero primero quisiera contextualizarlas recordando que a esta instancia se llega luego de una secuencia que podría radiografiar con otras dos referencias.

Poco tiempo antes, en la carta del 20 de junio del 98² (esa misma que marca el punto de ruptura, al menos si tenemos en vista la respuesta que generó en Miller: "*no hay más espacio transicional, la dialéctica ha entrado en su momento maniqueo: si o no*"), C. Soler insistía en subrayar respecto de ese mismo Miller que "*la AMP no hubiese podido construirse sin Usted y que ella tiene aún necesidad de Usted y que ese aún es sin duda para siempre. Ahí, yo podría decirle como Diderot: 'Haga que ese para siempre dure mucho tiempo'*."

Entre esa carta y el forum, en su "*Autopsia de un relato*"³, la apreciación de Miller adquiere otros tonos: "*viperino, insostenible y además... anticuado*", lo cita con "asco", considera que dice sandeces y que utiliza "*el vocabulario de la peor política*", etc.

En la intervención en el forum de octubre C. Soler intenta avanzar en la tarea de dar una explicación a la pregunta que aqueja a aquellos que prefirieron permanecer hasta tan tarde en la AMP, aquellos que como ella se preguntan: "*¿Pero cómo ha podido producirse esto, este desastre?*" (subrayado mío).

La novedad en esta intervención, podríamos decir, consiste en pasar a historizar las mismas contradicciones ya desarrolladas en aquella carta del 20 de junio del 98 entre el Uno y lo múltiple, ordenándolas a partir de las relaciones entre la ECF y el Campo Freudiano, y ubicando el punto de viraje 3 años atrás, luego de la creación de las nuevas escuelas, creación "instigada" por el Campo Freudiano (el cual respondía en principio a una lógica diferente de la

² Ver en <http://www.psicomundo.com/foros/psa-politica/cs-amp1.htm>

³ Ver en <http://www.psicomundo.com/foros/psa-politica/cs-amp3.htm>

ECF), lo que habría producido "el salto cualitativo" por el cual, "*con la AMP se pasa a una estructura totalmente diferente, una estructura de inclusión*".

La historización no deja de ser un paso importante.

En efecto, aún son muchos los que insisten en pensar que todo comienza recién ahora, lo cual les permite evitar asumir las responsabilidades que a cada uno le incumbe en lo que ha pasado.

Miller, lo mismo que cualquier otro, solo podría ocupar el lugar que otros han aceptado otorgarle. Más aún, no solo ha sido necesario que muchos aceptaran darle ese lugar, le brindaran su asentimiento, también ha sido necesario que muchos fueran activos en la construcción de ese lugar. Y muchos de los que hoy critican ciertas actitudes y manejos no se han privado de ejercerlos ellos mismos respecto de quienes denunciaron lo mismo que ellos ahora en varios momentos muy anteriores a la presente crisis.

Con esto no se trata de reclamar un "mea culpa" por el "mea culpa" en sí, o reclamar las disculpas que más de uno, aunque mas no fuese por cortesía, adeuda por sus actitudes (así sea por omisión) respecto de previas "disidencias" que han habido en el ámbito del Campo Freudiano.

Lo importante de esto es que **no es posible sacar enseñanza alguna de lo ha ocurrido si no es como enseñanza sobre los propios errores**. No hay enseñanza posible si reducimos el problema según el tradicional clivaje que imputa lo "malo" al otro.

Veamos los alcances y límites asociados a la historización.

Recuerdo que cuando yo mismo rompí con el Campo Freudiano, justo antes de la creación de la EOL (es decir, a fines del 91), y justamente con motivo de la creación de la EOL (esa misma escuela en cuyo nombre se inscribió esa palabra "orientación" que tantas discusiones recién ahora genera), varios colegas que se sumaban alegremente a esta nueva "**empresa**", me respondían/preguntaban: "*¿cómo y desde cuando Miller ha cambiado de la función de guía a la función de obstáculo?*" (pregunta que supongo que le habrá hecho más de uno de los que han permanecido en la AMP a los actuales disidentes). En cierto sentido tenían razón de hacerme esa pregunta dado que hasta ese momento yo me había reconocido parte del Campo Freudiano y era co-fundador del "*Ateneo Freudiano de La Plata*", una de las dos instituciones que se reclamaban del Campo Freudiano, en esa época, en la ciudad de La Plata, dónde yo residía para ese entonces.

Cuando uno se separa de una institución (a diferencia de cuando uno critica una institución a la que nunca perteneció), no solo tiene que explicar porque se va, también tiene que explicar por qué ha estado ahí y qué ha estado haciendo ahí. Y por lo tanto se plantea la pregunta de precisar el punto de viraje o inflexión a partir del cual las razones de la decisión de no estar priman sobre las razones de la decisión de estar (teniendo presente que el momento de concluir no coincide con el tiempo de comprender). Lo cual implicará que muchos de sus actos no solo quedarán definidos por las intenciones y razones de la entrada (que se supone que son las "buenas"), sino también por aquello mismo que funda las razones de la salida. Es decir que la crítica a la institución, implicada lógicamente en las razones de la salida, difícilmente no alcance al menos a parte de los propios actos.

Volviendo al momento de mi ruptura con el CF y la AMP, y a la pregunta por ese "*¿desde cuándo?*", en un primer momento solo podía responder que no lo sabía, pero que se me hacía claro, en ese momento, el manejo de amo de Miller y la situación de vergonzante obsecuencia y sumisión en que se ubicaban todos aquellos (incluidos la inmensa mayoría de los "popes" del psicoanálisis lacaniano argentino enrolado en el CF) que optaban por seguirlo, y que una situación así no podía ser la vía del psicoanálisis.

Me tomó un año de trabajo, en un seminario que yo dictaba en La Plata y que me sirvió de espacio de reflexión, poder precisar una primera respuesta a esa pregunta.

Yo también me orienté inicialmente hacia el problema de las relaciones entre el Uno y lo múltiple (siguiendo los consejos de Lacan, me interné en el Parménides de Platón) tomando en cuenta las definiciones que daba Miller en ese entonces sobre el "deseo del analista" y su "evaluación" en el dispositivo del pase, y creí poder ubicar como punto de viraje su seminario "*Ce qui fait insigne*"⁴ (las clases principales de mi seminario sobre el Parménides y los artículos subsiguientes han sido publicados en la revista [Acheronta](#)).

Institucionalmente, todo esto no dio para gran cosa. Quienes rompimos en ese entonces con Miller, sin haber formado parte ni adherir posteriormente al movimiento Lacanoamericano (hoy Convergencia), al menos en la Argentina, quedamos muy aislados. Nos quedaba la opción de acercarnos a la SABA residual de Diana Rabinovich. Alguna ilusión tuve al respecto durante el breve tiempo en que fue presidida por Mario Fichman. Pero la temprana muerte de este excelente psicoanalista hizo inevitable la "debacle" que se venía gestando en su seno desde la fundación de la EOL. Así que debo confesar que el retomar este tipo de discusiones, después de tantos años, no deja de producirme la sensación de provenir de una larga travesía del desierto. Espero que todo esto no sea solo un espejismo.

Con esto lo que quiero subrayar es que el tono crítico de esta carta solo hace al rigor con el que creo que hay que abordar el debate sobre la crisis de la AMP pues el mismo tiene relevancia para todos los psicoanalistas, cualquiera sea su actual situación institucional.

En otras palabras, no escribo desde "afuera", me incluyo en el debate, si es que me lo permiten.

Volviendo entonces al punto de la historización, todos sabemos que es el primer recurso con el cual muchas veces intentamos salir de la situación de estupor en que nos coloca la caída de un velo, por no decir nuestra propia caída, como objeto, de cierta escena. Más aún, este recurso se vuelve tanto más necesario cuanto más implicado se ha estado en el proceso respecto del cual algo se ha quebrado.

En ese sentido, hay un punto que se repite bastante a menudo en las cartas y documentos que circulan por la red de foros, y que testimonia, creo, de la situación o grado de implicación de cada cual respecto de la crisis que se ha desarrollado en torno a Miller y la AMP. El mismo se expresa en términos de las "deudas" o "reconocimientos" que cada cual se ve obligado a tributarle a Miller.

En efecto, ejemplos como el del fragmento que seleccioné de la carta de C. Soler del 20 de junio los encontraremos en numerosas otras cartas y documentos de otros tantos psicoanalistas que participan de esta red de foros (en particular retomaré en detalle, más adelante, el "reconocimiento" que le otorga Serge André a Miller en cuanto a elevar la noción de escuela al nivel del concepto).

Estos "reconocimientos" y tributos se acomodan bien con el nivel de reflexión propio de la historización pues si lo que hay que empezar a hacer es a repartir de un lado y del otro lo "bueno" y lo "malo" (como de hecho lo exige cualquier situación de ruptura en la que se mantengan "reconocimientos" o "deudas"), entonces una opción inmediata es transformar esto en un antes y después.

El resultado de esto es mantener o rescatar a un Miller "bueno", en contraposición con el Miller "malo" de ahora. O más generalmente, rescatar o bien una parte de la historia de la ECF, o del CF, o de la AMP, o de la institución que sea, respecto de la otra parte de la historia de la misma, sobre la que se imponen las críticas. Supongo que no será necesario dar demasiadas

⁴ Traducido al castellano y publicado por Paidós como "[Los signos del goce](#)"

explicaciones para percibir que este tipo de mecanismos solo apuntan a rescatarnos a nosotros mismos aunque sea en parte, acotar de alguna manera nuestra propia implicación y nuestras propias responsabilidades.

Supongo que coincidirán conmigo si planteo que este proceso o secuencia en el abordaje del balance de la crisis y la experiencia de la AMP en poco se distingue de lo que sería el comienzo de un análisis.

Coincidiremos supongo en que la historia, la novela familiar y el Edipo son pasos ineludibles en todo análisis, pero también sabemos que un análisis no se resuelve sino al nivel de la estructura.

Por lo tanto, invirtiendo el juego de esta analogía, se desprende que, respecto de esta crisis institucional, lo que debemos alcanzar es el nivel de un análisis estructural de las lógicas y legalidades que han estado en juego en la misma, más allá de los clivajes entre los antes y después, es decir, lo "bueno" y lo "malo".

Es en sentido que subrayo que **toda idea de "deuda" para con Miller** (lo mismo que todo tipo de reacción contraria: odio, ridiculización, etc.) es un obstáculo en la clarificación de las ideas pues **nos mantiene, respecto del problema, al nivel de una relación al padre**.

"Deuda", si podemos llamarlo así, es lo que podemos tener respecto de aquellos que han inventado algo. A Freud le "debemos" la invención del psicoanálisis. A Lacan le "debemos" la invención del objeto a (según él mismo lo reconociera).

Si algo le "debemos" a Miller, es tan solo la AMP. Es cierto que no es poco, pero como veremos, amén de ser ella uno de los principales obstáculos para el psicoanálisis, jamás podría alcanzar el estatuto de "invención": montar una "empresa", por exitosa que la misma sea, nunca fue algo considerado como registrable en el rubro de la invención.

Personalmente, en tanto no pude desatarme del "reconocimiento" que pensaba debía otorgar por lo "útil" que me habrían resultado los seminarios de Miller, no pude salir de la dicotomía de lo "bueno" y lo "malo" (el "bueno" de Miller que me había "servido" para leer a Lacan, y el "malo" de Miller que manipulaba a la EOL en función de sus intereses comerciales) y de las impasses para poder ordenar esta dicotomía en el tiempo como un antes y un después.

A pesar de lo obvio que ahora me resulta, no me fue fácil percibir que la idea de que sin Miller no podríamos haber leído a Lacan es una idea propiamente infantil. Y que pedirle que siga siendo tan "bueno" como cuando supuestamente nos "enseñaba" a "leer a Lacan" es mantenerse en esa actitud infantil. Estas son las conclusiones que pude extraer recién en una segunda instancia, a posteriori de mis reflexiones sobre las relaciones entre lo Uno y lo múltiple, que tan inútiles fueron al nivel de lo institucional, pero que, en cambio, tan fundamentales me resultaron para repensar, en ese segundo tiempo, mi propia relación con los textos de Lacan y, coincidentemente, mi experiencia clínica. Esto, en el siguiente sentido.

Ahora creo que esa "dependencia" (al menos la que yo tuve durante varios años) respecto de Miller para leer a Lacan da cuenta de una relación desviada con el propio texto de Lacan. En efecto, asignarle ese tipo de reconocimiento o función de guía a Miller implica asignarle al texto de Lacan el estatuto de palabra revelada (para el caso, revelada por Miller).

Recuerdo casi de memoria un fragmento de "*La cosa freudiana*" donde Lacan pondrá la "disciplina del comentario", "no solo para volver a situar una palabra en el contexto de su

*tiempo, sino para medir si la respuesta que aporta a las preguntas que plantea ha sido o no rebasada por la respuesta que se encuentra en ella a las preguntas de lo actual*⁵.

Creo que una de las principales dificultades que siempre ha habido con los textos de Lacan radica en la pobreza de las "preguntas de lo actual" con las que durante mucho tiempo nos hemos dirigido a los mismos.

Lo que personalmente pude verificar es que **si la suposición de saber que le asignamos a Freud y Lacan no se articula fuertemente con las preguntas que se nos planteen respecto de la posición que como analistas nos exige la dirección de las curas que están a nuestro cargo, entonces esa suposición de saber no encuentra límites y se vuelve extensiva a todas nuestras fantasías, es decir, en nada difiere de la suposición de saber implicada en toda estructura neurótica.** Creo que esto es importante porque me parece que un balance profundo de lo ocurrido con la AMP es imposible sin cierta desacralización de Lacan (toda suposición de saber sin límites implica una cierta sacralización), desacralización necesaria para poder sacar algunas conclusiones, al menos las que pienso proponerles.

En síntesis, para lo que más me sirvió la lectura del Parménides y el estudio de la nociones de "deseo del analista" y del "no todo", no fue tanto para dar de "baja" (o de "alta") a Miller como para percibir cuan pocas preguntas clínicas le había dirigido yo mismo, hasta entonces, a los textos de Lacan.

Las consecuencias fueron dos. Por un lado, acotar y replantear la naturaleza de la suposición de saber que le asignada a Lacan (y a Freud), y por lo tanto enriquecer mucho más mi clínica con sus lecturas. Y por el otro, reconocer que para lo que más me había servido Miller, había sido para cierto lucimiento personal en la Universidad.

Obviamente, no voy a suponer que mi caso sea el de todos. Cada cual tiene su propio recorrido. Pero creo que es un hecho reconocible por todos la proliferación sistemática, y desde hace muchísimos años, de textos y artículos que no son más que repeticiones y refritos de lo que Miller decía o dice respecto del texto de Lacan (en su momento también aporté mi cuota de imbecilidad a esta ensalada inservible), testimoniando con ello de una falta de acercamiento directo al texto de Lacan, de una falta de preguntas clínicas propias.

Creo que, para la gran mayoría de los casos, la "ayuda" de Miller no fue más que el complemento de una actitud "pasiva" (por decirlo de alguna manera). Y como dice el dicho, "en el país de los ciegos, el tuerto es rey", o si lo prefieren, este otro: "a río revuelto, ganancia de pescadores".

En síntesis, la única respuesta que actualmente puedo dar a las preguntas del tipo "*desde cuándo*", en cierto sentido, sería esta: "*desde siempre*".

¿Qué significa este "*desde siempre*"?

Esto también nos podría llevar a derivas temporales de todo tipo. Por ejemplo, S. André remonta las comparaciones que hace Miller (*Dépêche électronique n° 9*) de la IPA y la ECF como iglesia y ejército, respectivamente, a la "*Adresse au Congrès de l' EFP*" de Roma, en... 1975! es decir, aún en vida de Lacan.

Creo que podría acordar con S. André, pero si lo miramos desde este otro punto de vista.

Creo que debemos ubicar este "*desde siempre*" en algún punto que, aunque forzosamente indicará una fecha, no responda tanto a la cronología como a la estructura.

⁵ Jacques Lacan, "La cosa freudiana", [Escritos 1](#), Editorial Siglo XXI (edición revisada 2008)

Me parece que debemos ubicar ese punto en la disolución de la EFP, la creación de la "Causa Freudiana" y la entrega por parte de Lacan de la propiedad de su obra a Miller.

¿En qué sentido y porque?

Lacan solía decir que la IPA es lo que Freud había querido, sin por eso quitarle el menor valor a los textos de Freud, y aún subrayando la contradicción entre dichos textos y lo que la IPA hizo del psicoanálisis. Ni que hablar de tantas otras "barbaridades" que hizo Freud, como por ejemplo analizar a su propia hija, o tantas otras que los historiadores nos enrostran, como si eso le quitara valor a sus textos. Justamente, la medida en que todos esos "errores" (o como cada cual quiera llamarlos) son sin importancia para el valor del texto de Freud radica en la medida en que "*la respuesta que aporta [dicho texto] a las preguntas que plantea ha sido o no rebasada por la respuesta que se encuentra en ella a las preguntas de lo actual*".

Pues bien, yo he llegado a la conclusión (que cada vez me parece más obvia) de que **Miller, su manejo de la obra de Lacan y su AMP, es lo que quiso el propio Lacan**.

No seré el primero en señalar la cuestión de la preferencia de Lacan por su hija Judith (como conocemos la de Freud por su hija Ana). Y es un hecho que Lacan (mas allá de los justificativos que cada cual le quiera asignar a la vejez, o a lo que sea), sobre el final de su vida, hizo algo en todo semejante a lo que hizo Freud al delegar su herencia en su hija Ana y la IPA, cuando, con pleno conocimiento de lo que es el nivel del derecho, delegó la **propiedad privada** de su obra en Miller, y con pleno conocimiento de lo que es el "amor", fundó la "Causa Freudiana" **para** (mas que "con", puesto que se estaba muriendo) los que "lo amaban".

Si hay actos que tienen consecuencia, ya no me caben dudas de que este es uno de ellos.

Más allá de las virtudes de Miller para aprovechar de nuestras cegueras (es decir que el punto no es tanto la aprovechada de Miller como nuestras propias cegueras), su punto de Arquímedes, ese punto que ahora se presenta como el "*con él o contra él*" de la última asamblea de al AMP, ese punto está constituido, básicamente, por aquella delegación, antes que por cualquier mérito propio (en ese sentido, hasta podría decir que él es la primera "víctima" de esta situación)

Ese "*con él o contra él*", no es algo de ahora, siempre estuvo en juego (así fue como se dividió desde el comienzo el campo de los lacanianos tras la muerte de Lacan, y así es como está dividido, principalmente, hoy) pues en tanto propietario de la obra de Lacan, en particular, en tanto **proprietario del establecimiento del texto de los seminarios inéditos**, por una estricta cuestión de lógica, no se podía estar sino con él o contra él. Creo que el debate que se dio hace un tiempo en torno al establecimiento del texto del seminario VIII (La transferencia) ha sido por demás elocuente, a tal punto que Paidós suspendió la edición de la versión en español, a pesar de que la misma estaba lista en la computadora de D. Rabinovich, por el escándalo que produjo las impugnaciones a la versión francesa.

Lo que habría que percibir entonces es que desde temprano, esa autoridad jurídica sobre el establecimiento del texto de los seminarios inéditos de Lacan no ha dejado de funcionar también como "autorización" casi jurídicamente establecida para transmitir la enseñanza de Lacan.

En otros términos, ¿qué diferencia podía haber entre establecer el texto de esos seminarios inéditos y **establecer la lectura que debe hacerse de Lacan**, de todos y cada uno de sus textos?

¿Cómo, partiendo de estas premisas, podía evitarse la constitución de una ortodoxia?

De ahí a la acusación de plagio ("pompage") contra C. Soler, me parece que hay una línea continua que reafirma una y otra vez aquél acto de delegación de Lacan.

Ahora bien, no hemos dejado de leer a Freud por lo que es la IPA.

Ni creo que vayamos a dejar de leer a Lacan por lo que es la AMP.

Tampoco pretendo restarle mérito alguno a los que sí han trabajado seriamente los textos de Lacan y en ese sentido han colaborado al desarrollo del psicoanálisis, incluida la cuota que cada cual quiera asignarle al propio Miller.

Pero lo que quisiera proponer como hipótesis de debate es que toda la cuestión acerca del "uno benéfico" y sus oposiciones, y todas las referencias similares que nos mantienen respecto a la función de Miller en una relación al padre, más bien dan cuenta de una transferencia no agotada con la persona de Lacan antes que con su obra, transferencia a partir de la cual Miller ha hecho su agosto (en particular con la "transferencia" de los derechos de propiedad).

En otros términos, **pedirle a Miller que sea "bueno"**, o pensar que en cierta época habría sido "bueno" y luego habría "traicionado" la "causa analítica", **es, de últimas, pedirle al propio Lacan que no se equivoque**.

Como ya dije antes, no es lo mismo suponerle a Freud o Lacan un saber sobre el psicoanálisis, un saber respecto de la pregunta clínica con la que nos dirigimos a sus textos, que suponerles otros saberes, en particular, suponer que no se equivocan.

Por mi parte, creo que Lacan se equivocó. Y se equivocó muy "fiero".

No se lo reprocho. Eran sus cosas y era su vida. Problema mío si me enredo con ello.

Ahora bien, todo esto aún no explica mucho. O para ser más precisos, no nos permite aún, orientar claramente nuestra acción.

Pero creo que es este un nivel de análisis fundamental, en el sentido de que, sin superar este primer paso, los demás se volverán de muy difícil abordaje.

Paso entonces a los puntos siguientes.

Para lo cual, volveré a la cita inicial de C. Soler.

Lo primero que quiero subrayar de lo que ella dice es que esta crisis refleja **un problema que es común a todas las instituciones psicoanalíticas**.

Por lo tanto, así como planteé la necesidad de apartarnos de la omnipresente referencia a Miller (al menos en el sentido de las "deudas", "reconocimientos", etc.), creo que también le convendría al debate, en cierta medida, apartarnos de la omnipresente referencia a la AMP y tomar como perspectiva la situación del conjunto de las instituciones psicoanalíticas en el mundo, considerar y analizar la crisis actual de la AMP en el contexto de la crisis general de las instituciones psicoanalíticas.

Es más, creo que de lo hasta ahora señalado ya puede deducirse que gran parte de las divisiones entre los psicoanalistas lacanianos han sido determinadas por la lógica de esta posición de Miller (cuestión que siempre negaron los psicoanalistas enrolados en el CF) y de este acto de Lacan, y que es tiempo de que pensemos en retomar un diálogo en conjunto con muchos de los psicoanalistas enrolados en la actual Convergencia u otros ámbitos tradicionalmente ubicados en oposición a Miller.

Quizás eso ayude a dar un paso más en la elucidación de cuál es la lógica que permitió que el diablo metiera la cola allí donde todos suponían que con la tríada pase, cartel y permutación podía finalmente realizarse el sueño de una institución fundada en el acto analítico.

Situación internacional

Lo que quiero subrayar en este segundo punto es el alcance del planteo de C. Soler acerca de que el tema de la relación entre discurso analítico y discurso del amo es un problema común a todas las instituciones psicoanalíticas. Lo que importa de esto no es solo la validez de esa afirmación sino el hecho de que esa discusión se está planteando, efectivamente, ahora, en diferentes ámbitos psicoanalíticos, aunque sea formulado de otros modos, o con otros términos.

En otras palabras, muchas veces podemos pensar que hay ejes o temas que serían fundamentales y que deberían ser pensados por todos, pero ello no implica forzosamente que sean percibidos como tales por todos.

Al respecto, soy de los que creen que, en cierto sentido, y con las escasas excepciones que confirman la regla, no es posible pensar aisladamente. Esto es, que los problemas con los que se enfrenta cada analista siempre son problemas compartidos por otros analistas, más allá de que los mismos se cuenten en un número mayor o menor.

Pero no son habituales las situaciones en que podamos decir que es el conjunto entero, o por lo menos un sector ampliamente mayoritario, el que está enfrentado a los mismos problemas.

Y el punto en cuestión es que me parece que este es uno de esos momentos. Y que el tema común que está pensando y debatiendo la amplia mayoría de los psicoanalistas es el que menciona C. Soler, o para decirlo en términos más generales, el tema común en discusión es el de las relaciones entre el psicoanálisis y lo social.

Y creo que es importante para el desarrollo del debate mismo, tener presente los alcances que el mismo tiene.

Por ejemplo, Philippe Julien, en sus proposiciones para los Estados Generales de Psicoanálisis⁶, señala que a falta de un saber comunicable sobre el fin de análisis, el nexo entre "*el campo analista-analizante y el campo de la presentación doctrinal e institucional del psicoanálisis*" permanecería como una relación no analítica, y que si esa relación no es analítica entonces será el campo de lo público el que fundará lo privado, reduciendo este último a la simple aplicación práctica de las teorías promovidas por los líderes de dicho espacio público.

¿No es acaso algo similar a lo que desde la red de foros se le critica actualmente a la AMP?

¿O también exigirá la red de foros que nos adaptemos todos a un "lengua" única definida como LA lengua del psicoanálisis?

También René Mayor, en ese mismo espacio de discusión⁷, señala la importancia de este tipo de problema, aunque expresado más bien en términos de relación del psicoanálisis con lo social.

Por ejemplo, señala que "*el poder que se desarrolla en el seno de las instituciones reposa demasiado a menudo sobre la falta de resolución de las transferencias, sobre el sometimiento a una ideología dominante y a su código lenguajero, que sirven mas para preservar los*

⁶ Ver en <http://www.psicomundo.com/foros/egp/dix.html>

⁷ Ver en <http://www.psicomundo.com/foros/egp/temas.htm>

controles sociales y burocráticos que para abrir nuevas fronteras a la investigación y la extensión de nuestros conocimientos".

R. Major propone también como tema a discutir algo que, a primera vista, puede parecer alejado de la problemática que agita la crisis de la AMP, pero que mirado más en detalle, hace también a las relaciones entre el psicoanálisis en intensión y extensión. Es el tema de las relaciones entre el psicoanálisis y lo político. Este es un tema candente en el espacio de la convocatoria a los Estados Generales por cuanto la misma encuentra uno de sus detonantes en el "caso Lobo" y gran parte del debate hasta ahora desarrollado se ha dado como contrapunto con el libro de Jean Allouch "*Ethification de la psychanalyse. Calamité*"⁸.

Pero esta es una problemática que también ocupa un lugar destacado en la AMP y que, insisto, aunque no parezca demasiado conexa con su crisis, es de capital importancia, como intentaré demostrarlo más adelante. Por ahora, subrayo, en cuanto a la AMP, el rol político que ha tenido (y tiene) en su país, uno de sus principales difusores del psicoanálisis en extensión, Slavoj Zizek y el hecho de que dicho rol ha sido destacado y puesto como modelo de intervención del psicoanálisis en la cultura, por Miller, en un reportaje que otorgara al diario *Página/12* de Buenos Aires, en ocasión del congreso de la EOL de 1996. No sé, en cambio, si para Miller también constituirá un modelo de intervención en lo social el caso del jefe del gabinete del Congo, psicoanalista miembro de la AMP, denunciado por Patrick Valas en el diario "*Libération*" del 21 de octubre, como responsable de las últimas masacres en ese país.

En síntesis, desde la AMP se promueve toda una línea de intervención del psicoanálisis en el campo de lo político. Será importante considerar ese debate llegado el momento, pues, por un lado, el mismo no puede ser independiente de cómo en dicha institución se entienden las relaciones entre el discurso amo y el discurso analítico, y por el otro, porque como lo señalé hace poco, son discusiones que también tienen un lugar importante en otros ámbitos psicoanalíticos.

En la IPA, O. Kernberg se ha pronunciado por la necesidad, para el psicoanálisis, de involucrarse en análisis "socio-psicológicos", sin que quede claro como dichos análisis podrían al mismo tiempo escapar a "*la cooptación del instrumento psicoanalítico para servir a un movimiento político o ideología particular*" (ver discusión con S. P. Rouanet en la Newsletter). Esta preocupación se debe, entre otras cosas, a que para Kernberg "*el problema más reciente y el más importante es la crítica a la que está sometido el psicoanálisis en Europa, Norteamérica y Sudamérica*", problema que tendría el estatuto de "*desafío histórico*" para el psicoanálisis.

En ese sentido, subrayo el eco y las repercusiones que ha tenido en Argentina la visita de Sokal (a pesar de que su libro con Bricmont aún no fue traducido al español), denunciando la "nueva religión" que implicaría el lacanismo.

El otro punto importante, obviamente, es la constitución de la Convergencia Lacaniana.

Lo menos que podemos decir del acta de fundación es que es bastante ambigua y poco clara en cuanto a objetivos. No obstante la misma comienza planteando el problema de "*deducir del discurso [el del psicoanálisis] otro tipo de lazo entre psicoanalistas*", y aunque no se explique porque es de suponer que el mismo "*encontrará el marco adecuado en el movimiento que tendrá por nombre Convergencia, Movimiento lacaniano por el psicoanálisis freudiano*", no deja de señalar como problema central una situación de crisis en lo que a las instituciones psicoanalíticas se refiere y la necesidad de abordar este problema.

En síntesis, hay toda una gama de matices por los cuales el tema de la relación del psicoanálisis con lo social se presenta como central o prioritario para definir el futuro del psicoanálisis.

⁸ Jean Allouch, "[Etificación del psicoanálisis. Calamidad](#)", EDELP

Finalmente, hay un factor que ayuda a que se produzca esta situación de discusión generalizada de problemas similares entre psicoanalistas de todo el mundo y de todas las extracciones: Internet.

No creo que sea el factor principal. Como lo explicaré más adelante, creo que el factor principal es la globalización de la economía. Y en ese sentido Internet no es más que un efecto más de ese factor principal.

Pero en cierto sentido, ese efecto, a su vez, realimenta el circuito, en la medida en que agiliza la difusión de las discusiones y posiciones que están desarrollando en diferentes ámbitos, tanto institucionales como geográficos.

A diferencia de otras épocas en que la mayoría de los psicoanalistas veía acotado su ámbito de discusión a los debates que realizaban en el estrecho margen geográfico de su respectiva institución, hoy día, cualquiera que se conecte a Internet (así sea desde un simple cibercafé o desde la computadora de un amigo) puede obtener fácil y rápidamente los documentos de los debates que se están desarrollando entre los psicoanalistas de la misma corriente pero de otro país, o de otras corrientes tanto de otros países como del propio país.

Hoy día, cualquiera que se conecte a Internet puede leer la newsletter de la IPA, o las cartas y documentos que se generan en las diferentes ciudades donde funciona la red de foros, o los documentos y reportajes relativos a la constitución de Convergencia, o los artículos o posiciones de psicoanalistas independientes que intervienen en diferentes foros en Internet (como por ejemplo los de PsicoMundo), o los artículos de revistas electrónicas originadas en diferentes países y corrientes (como por ejemplo Acheronta, Seele, etc.), etc.

Hoy día, la discusión que se genere entre un grupo de analistas reunidos en una ciudad puede transformarse rápidamente en una discusión que abarca analista de diferentes ciudades y países.

Creo que es importante percibir la diferencia que hay entre esos circuitos viciados donde se depende de las pertenencias institucionales o de ciertos contactos o relaciones para poder estar al tanto de los contenido de los fax o cartas intercambiados entre ciertos psicoanalistas para poder estar al tanto de los debates en juego, y esta posibilidad más sencilla de acceder a estos debates, así como también la posibilidad de hacer "pública" (es decir, de difundir entre otros psicoanalistas) rápida y fácilmente cualquier discusión o diferencia.

Esto tiene una importancia fundamental en el sentido de que quienes impulsan y/o participan de la red de foros deben comprender que la discusión que se desarrolla en ese ámbito no es una discusión que atañe a un grupo reducido de analistas, salvo que se pretenda, ex profeso, cerrar las puertas, como lo hace la AMP con sus listas privadas y sus sitios web institucionales prácticamente paralizados y sin actualizaciones desde hace meses.

En síntesis, es la ocasión para propiciar un debate general e internacional.

El verdadero alcance de la crisis

Partiré del texto de Serge André sobre la "*Vergänglichkeit*"⁹, en particular la idea de que debemos reconocerle a Miller el haber elevado la noción de escuela al nivel del concepto.

Este texto me parece el prototipo de situación de las que comentaba en el primer punto.

⁹ Publicado en el [número 9](#) de la revista *Acheronta*

En efecto, S. André considera que debe comenzar rindiéndole su debido tributo a Miller: "fue el primero y el único hasta ahora en querer hacer de la Escuela el quinto concepto fundamental del psicoanálisis".

Luego pretende independizarse planteando que el concepto milleriano de escuela no sería "El concepto", y que podría haber otros. Le parece que sería "*un dogmatismo bastante ridículo creer que porque, inventado por Miller, ese concepto sería automáticamente el único válido y el único posible para una escuela que se reclama de Lacan*".

S. André debería saber que está demostrado que no se puede borrar con el codo lo que se ha escrito con la mano. En otras palabras, que el asentimiento otorgado en primer término no dejará de condicionar todo el resto del planteo.

Veámoslo en detalle.

El problema a enfrentar no está al nivel de un simple obstáculo epistemológico, es decir, de las dificultades que le plantearía al pensamiento un cierto dogmatismo.

No se trata de dogmatismos sino de hechos.

La "escuela" supuestamente inventada por Miller no es solo un concepto como noción teórica. El único sentido en que dicha "escuela" ha alcanzado el nivel del concepto, como corresponde a todo concepto, es en el de que es la única que existe realmente. La AMP, como cualquier otra cosa, solo es concepto en tanto también es una realidad concreta.

En cambio, los supuestamente posibles otros conceptos de escuela que S. André sugiere pensar son pura abstracción, no existen. La única "escuela" que existe (y por lo tanto el único concepto disponible para pensar) es la que implementaron Miller y todos los que participaron en esa tarea, incluidos S. André, C. Soler y todos los que de modo activo o por omisión, se sumaron a esa construcción.

El texto de S. André, me parece, retrata la impasse en que se encuentra gran parte de los colegas involucrados en esta última escisión de la AMP: no pueden dar razones de fondo que expliquen la crisis y que permitan superarla, entendiendo por razones de fondo aquellas que puedan dar cuenta de porque las cosas habrían de funcionar de otra manera sin otra modificación substancial que no sea la de los nombres de quienes se harían cargo de la nueva institución a construir.

En otras palabras, si la tríada pase, cartel y permutación condujo a la AMP actual, ¿por qué la misma tríada podría dar otros resultados instrumentada por otras personas?

Si las cosas se plantean así entonces la raíz del problema no estaría en la estructura sino en las personas que la han instrumentado. Pero está claro que esa es la teoría de que Miller es el "malo" de la película.

Así que, por favor, decidámonos: o todo el problema se reduce a los defectos personales de Miller y sus colaboradores (lo cual tendría, obviamente, un carácter tranquilizador para cada uno de los actuales escisionistas respecto de su propia responsabilidad en esto que la propia C. Soler define como un "desastre") o bien estamos frente a una crisis que pone en relieve un problema más de fondo, una crisis que nos plantea, de una vez por todas, repensar las razones que dan cuenta del **sistemático, histórico y repetido fracaso de todas y cada una de las experiencias que se han emprendido en función de esta hipótesis: construir una institución específicamente psicoanalítica**.

Si no pensamos las cosas en ese nivel, entonces no haremos más que repetir las ya consabidas críticas que desde siempre cada institución le hace a las otras (y viceversa) acerca

de que en esa "otra" predominarían los rasgos burocráticos y las funciones del "amo", se desvirtuaría la práctica del psicoanálisis, etc., y que en la institución de "uno", en cambio, todas esas cosas no sucederían porque realmente ahí se harían funcionar como corresponde cada uno de los mecanismos que Freud o Lacan habrían propuesto, etc.

Si las cosas se plantean así esta crisis no haría más que inscribirse en el ciclo de la repetición de las escisiones y fracturas a las que el campo lacaniano nos tiene acostumbrado desde décadas y que solo conducen a.... una nueva repetición (es más, parece que ya hay algunos que, a partir de lo que definen como el "*principio de disolución*", ya teorizan acerca de la inevitabilidad de este tipo de funcionamiento).

Debo confesar que estas repeticiones ya me tienen harto, y que espero que esta última crisis haya también producido el suficiente hartazgo entre una cantidad suficiente de otros psicoanalistas como para generar una reacción que esté a la altura de las circunstancias.

Creo que si algún valor tiene esta crisis de la AMP, tanto por la magnitud de las barbaridades que se han puesto en evidencia, como por la cantidad de psicoanalistas involucrados en esta escisión, es el de poner de relieve, de una vez por todas, que justamente, todo eso que se cree que ocurre solo en la "otra" institución, ha ocurrido y vuelve a ocurrir cada tanto, en la de "uno" mismo.

No se trata de lo que hacen de mal los otros. Se trata de lo que uno mismo hace mal.

La AMP es la expresión del "*tú lo has querido*".

En síntesis, **es el proyecto mismo de poner en pie una institución fundada en el acto analítico lo que está en cuestión**. Y este problema no se resuelve insistiendo una y otra vez por la misma vía con simples modificaciones administrativas.

Hace tiempo que los psicoanalistas lacanianos vienen teorizando acerca de ciertos imposibles respecto de este objetivo. Pero esto no nos ha evitado repetir una y otra vez la misma historia.

Evidentemente algo no funciona en esas teorizaciones.

Es más, creo que se podría decir que ya se ha llegado a un punto tal en que las mismas solo tienen el sentido de meros procedimientos de justificación, se han reducido a un ronroneo que nos tranquiliza haciéndonos creer que estamos pensando el problema pero que, como ocurre con todos los ronroneos, solo demora nuestro despertar.

Parece mentira que haya que estar diciendo estas cosas entre analistas.

En realidad, parece que debemos reconocer que la condición de analistas de quienes están involucrados en estos debates, antes que una ventaja, es un obstáculo especialmente insalvable para que algo de razón y entendimiento se haga lugar.

El tributo que S. André se cree o siente obligado a hacerle a Miller implica un asentimiento "*a priori*" brindado a **lo esencial de la construcción milleriana: la idea de que es posible fundar una institución en el acto analítico**.

Y, en consecuencia, todos las demás reflexiones ya están prisioneras de esta posición. Por eso subrayé al comienzo aquél párrafo de C. Soler donde ella misma plantea que el tema en discusión es el de la relación entre el discurso amo y el discurso analítico. Lo que creo que hay que precisar es el nivel a partir del cual vamos a abordar esa discusión. Y el planteo de S. André, en ese sentido, coloca un "*a priori*" para esa discusión.

La "elevación" milleriana de la noción de escuela al nivel del concepto no es más que la implementación práctica y concreta de una respuesta a aquella pregunta o problemática, respuesta que consiste en afirmar que es posible una subordinación del discurso amo al discurso analítico, una respuesta que dice "*sí, es posible fundar una institución en el acto analítico*".

Y lo que la actual crisis nos tiene que permitir apreciar no es solo la evidencia del resultado al que ha conducido esa respuesta: exactamente lo contrario, sino el carácter necesario e inevitable de ese resultado. En otros términos, lo que debemos comprender es que la AMP no es una "desviación". **La AMP es la consecuencia lógica y necesaria de esa hipótesis, de esa respuesta.**

La AMP, y esta crisis, no son más que la expresión, en modo ampliado, de ese mismo destino, de ese mismo punto en que acabaron y acaban, una y otra vez, todas las experiencias organizadas a partir de aquella premisa como respuesta al problema de la relación entre el psicoanálisis y lo social.

E insisto, no hay teorización sobre los imposibles que haya podido hasta ahora evitar este ciclo (más abajo retomaremos esta cuestión, en particular respecto de la idea de que el pase pueda ser suficiente "agujero" como para imponer la especificidad del dispositivo analítico sobre el funcionamiento asociativo).

La actual crisis de la AMP es una nueva prueba del fracaso de esta como de todas las instrumentaciones previas de esa hipótesis.

Por eso propongo que la única enseñanza seria que puede extraerse de la actual crisis es un cuestionamiento en regla de la respuesta que ha estado en la base de la construcción de la AMP.

Si para pensar la crisis partimos de esa misma premisa, a partir de ese asentimiento, entonces estamos fritos. Tenemos que detenernos y pensar a partir del punto previo.

Es únicamente desde ese punto previo que podemos abordar una discusión que no esté centralizada por Miller y la AMP, una discusión que pueda abrirse realmente al conjunto de los psicoanalistas, una discusión que no se reduzca a la redacción de nuevos "estatutos" y la designación de nuevos "responsables", llámense como se llamen esos nuevos "organismos" (incluidas las llamadas "comisiones de enlace" que rápidamente tienden a constituirse en los "foros" de cada ciudad).

Es por esa razón que en estos momentos también participo de la discusión en los Estados Generales, pues si algún valor tiene esa convocatoria, al menos desde mi punto de vista, es la de plantear las preguntas y los debates desde un punto previo a casi todas las respuestas, más allá de las que obviamente tienen casi todos los firmantes de esa convocatoria, y más allá de los prejuicios que, como todo el mundo, no dejo de tener respecto de muchos de ellos.

En ese sentido, y volviendo a la red de foros, si la premisa para participar de este debate fuese tener que adscribir positivamente y en forma previa al objetivo de construir una institución fundada en el acto analítico, la misma no dejaría de colocarme en exclusión. Y no porque mi objetivo sea subordinar el psicoanálisis a otra cosa. Sino porque mi balance es que aquél objetivo es un imposible (como intentaré demostrarlo a continuación) y que insistir en la cuadratura del círculo solo probaría la permanencia en el registro de la impotencia.

Para eso, y si ese fuese el caso, discúlpennme, pero yo paso.

La cuestión de la garantía

El razonamiento habitual respecto de la "necesidad" de intentar fundar una institución en el acto analítico apunta a pensar en una institución que sea lo más acorde al desarrollo del psicoanálisis, al desarrollo de su teoría y de su práctica. Y se supone que es un hecho adquirido ya que la transmisión y desarrollo del psicoanálisis sería incompatible con los principios que rigen en general las formaciones sociales.

Sin embargo esto no deja de presentar una paradoja porque, en realidad, las únicas instituciones que han existido son las que han rechazado considerarse como una formación social más y han pretendido funcionar fundadas en lo que, cada una, ha considerado lo propio del psicoanálisis.

Desde la IPA hasta ahora, no ha habido institución que se fundara sin referencia a esta premisa (al menos que yo sepa, y quizás mi ignorancia sea grande al respecto; si es así, por favor, que alguien me desasne), y, con excepción de las instituciones nuevas que han surgido por extensión geográfica, sin la correspondiente crítica a las demás por no cumplir adecuadamente con aquella premisa, esto es, caer en el predominio de lo que serían los principios de funcionamiento propios de las instituciones no psicoanalíticas.

Esta insistente y repetida coincidencia entre punto de partida y de llegada debería llamarnos a reflexión

¿Qué tal si tratáramos de pensar las cosas al revés?

Por ejemplo, ¿por qué no podríamos intentar pensar que esa sistemática y repetida recaída en el funcionamiento asociativo y en los diferentes principios asignados como propios de lo social (y que se suponen incompatibles con el psicoanálisis) no es más que el resultado, el "retorno", que provoca aquella suposición de partida, es decir, de aquella pretensión de crear una formación social que no responda a los principios de funcionamiento de todas las formaciones sociales?

¿Por qué no pensar la posibilidad de que sea esta misma "negación", este mismo "rechazo" inicial a los principios de funcionamiento de lo social (investido con la loable intención de la defensa del psicoanálisis) el que genere este tipo de "retorno" que una y otra vez insistimos en caracterizar como "desviaciones"?

Es este ejercicio el que intentaré desarrollar. Pero para eso lamentablemente todavía falta desmontar algunos obstáculos

Volvamos una vez más a las instituciones psicoanalíticas, en particular las lacanianas, en particular la AMP. El punto al que debemos prestar atención, a mi juicio, es que todos esos planteos acerca de fundar la institución en relación a lo propio del psicoanálisis terminan en **la problemática de la selección de los analistas y la garantía que la institución daría sobre la práctica psicoanalítica de esos analistas seleccionados.**

Veamos cómo ha planteado esto Miller, para una época bastante temprana.

En una entrevista realizada en la revista "L'Ane" (Francia), también reproducida en la revista "El Murciélagos" número 3 (Argentina), allá por 1991, Miller señalaba que la cuestión de ¿cómo definir al analista? debería resolverse "**antes de que [este] practique el psicoanálisis**", es decir, en términos "*de derecho y no solamente après coup*", a partir de la autenticación que podría hacerse de "*la transmisión hecha por el sujeto*", en el pase, del "*elemento irreducible*" de su análisis. "*La apuesta sería llegar a cernir el ser-un-analista, fuera de la función*". En otros términos, verificar que un sujeto que ha completado su análisis está "*en condiciones de querer*

lo que un analista debe querer". Para Miller, "hay un deseo de saber de un tipo especial que merece ser designado como el deseo del analista".

Planteadas las cosas así, queda claro que cuando él se refiere al "deseo del analista", **se está refiriendo al analista como sujeto**. El "deseo del analista" pasa a ser así un **atributo**, más aún, "EL atributo", que define al analista, y esto al nivel del "derecho" (que como vimos, es muy propio de la función y posición de Miller), es decir, de "*jure*", "*a priori*", más allá de toda "función". Y su escuela se constituirá con el conjunto de aquellos que caen bajo esta rúbrica, es decir, aquellos cuyo deseo habría devenido en "*un deseo de saber de un tipo especial*", siendo potestad de quienes ya están en la escuela, juzgar, o precisar, en cada nuevo caso, si el deseo del candidato es acorde o no con ese atributo que define al conjunto.

Toda la cuestión de la articulación de la noción de "deseo del analista" con el "deseo del Otro" (que solo puede ser del Otro particular de cada analizante) y el lugar de la causa desaparecen. La función del "deseo del analista" queda reducida a una adecuación del "deseo" del sujeto que pretende hacer de analista a un "deseo" patrón. En otras palabras, **el deseo que pasa a importar para precisar el dispositivo analítico no es el del analizante sino el del analista**. La posición del analista no queda entonces definida a partir del objeto causa del deseo del Otro particular de cada analizante, sino a partir de la adecuación de su propio deseo en tanto sujeto (suponiendo que tenga sentido hablar de un deseo "propio" del sujeto) a un modelo, adecuación que permitiría el otorgamiento de una garantía "*a priori*", de "*jure*", respecto de su acto.

En las clases del 9 y 16 de mayo de 1990 de su seminario "*El banquete de los analistas*"¹⁰, Miller asocia el fin del análisis, es decir el pase, a una invención "cantoreana" de un transfinito: "*La solución significante de la experiencia analítica es un saber. Es esa invención la que conduce de A barrado al significante del A barrado (A --> S(A)), y podemos decir que esta solución significante puede ser transmitida... (...) ... es susceptible de ser demostrada a todos*" (subrayado mío). Esta posibilidad de "inventar" el S(A) es la que permitiría que el fin de análisis pueda ser del registro de la ciencia (tal como lo exige una demostrabilidad para "todos"). El pase es así *una evaluación del ser del sujeto* que ha completado su análisis a partir de la transmisión que de él hace, es decir de la transmisión del "transfinito" que haya inventado como cuadro del saber que ha obtenido en ese análisis. Esa "invención" sería así, el testimonio de que su deseo es, finalmente, "*un deseo de saber de un tipo especial*", de ese "tipo especial" previamente tipificado por Miller y los organismos de su Escuela.

Tal como Miller plantea las cosas, un análisis deja de ser el desarrollo de la contingencia de un encuentro. La garantía del AE (analista de la escuela) deviene, vía la verificación del "ser" del analista (vía la verificación de un atributo del mismo), en la garantía de los análisis dirigidos por ese AE, más allá de toda particularidad que pueda tener el encuentro del posible analizante con su analista. La operación que transforma la contingencia en esa necesariedad a partir de la cual se desarrollará el análisis hasta poder llegar al punto de partida, es decir, nuevamente a la contingencia y al punto de lo imposible (lo real), queda así abolida por el *a priori* de la garantía y el otro tipo de necesariedad que esta implica.

Cabe señalar que todas estas barbaridades están escritas desde hace años, y nunca leí material alguno ni de C. Soler ni de ningún otro miembro de la AMP delimitándose de esto, a pesar de que era una época de crisis y sacudones en la propia ECF (aprovecho para recordar otro dicho popular bastante elocuente: "*el que calla otorga*").

Esta articulación que hace Miller entre garantía, derecho y saber no es sin sentido, ni ha quedado en el olvido, sino que sigue siendo el fundamento de su pase y de su "escuela".

Veamos cómo se hilan estas cosas. Para lo cual debemos retomar la posición de Miller como heredero de la obra de Lacan.

¹⁰ Jacques-Alain Miller, "*El banquete de los analistas*", Editorial Paidós

Como ya dije, esta propiedad privada sobre la obra de Lacan no se reduce al cobro de derechos de autor por lo ya publicado. La misma ha tenido una serie de extensiones que es importante tener presentes.

La primera extensión fundamental de este derecho es la que alcanza al establecimiento del texto de los seminarios no editados en vida de Lacan. Esta extensión ya fue confirmada y ratificada en los estrados judiciales (y jamás fue cuestionada por miembro alguno de la AMP). De acuerdo a esos dictámenes **Miller** no solo es propietario de los beneficios económicos de la edición de la obra de Lacan, sino que **es el propietario legal de la enseñanza misma de Lacan puesto que es el único autorizado a establecer el texto de la misma.**

La segunda extensión es correlativa de la anterior. En tanto propietario de la enseñanza misma de Lacan, el derecho al establecimiento del texto de los seminarios inéditos se ha transformado también en el derecho a establecer la lectura ortodoxa de la obra de Lacan, derecho que le han admitido casi todos en la AMP, asignándole el pomposo lugar del "*al menos uno que sabe leer a Lacan*". Lo cual es absolutamente lógico. ¿Quién podría leer "mejor" la obra de Lacan que aquél mismo que tiene a su cargo establecer el texto de parte de esa misma obra? Como ya lo dije, todas las denuncias de plagio ("*pompage*") se inscriben en este sentido, es decir, en esta objetivación y apropiación del saber como un bien.

La tercera extensión (y aquí es donde se completa el salto mortal) también es absolutamente lógica: **¿quién podría "garantizar" la práctica misma de aquellos que se reclamen de esa enseñanza cuyo establecimiento, lectura y transmisión es propiedad de Miller, sino el propio Miller o sus delegados?**

Pero para eso es necesario poder instrumentar un sistema de justificación para la dispensación de esta garantía. La elevación de la noción de escuela al estatuto de concepto que señalaba S. André no es más que el proceso de construcción del mecanismo justificatorio para la dispensación de esa garantía.

Es evidente para cualquier abogado que la autoridad que brinda el respaldo jurídico sobre la propiedad privada de la obra de Lacan no otorga derechos directos y automáticos sobre la práctica de terceros. La única manera de hacer extensivos esos derechos a la propia práctica de los analistas requiere que la misma, de alguna manera, quede subordinada a aquel saber.

Y ese es el único sentido que puede tener noción alguna de garantía en relación a la práctica del psicoanálisis. Por más vueltas retóricas que se le quieran dar a la noción de garantía, su sentido esencial es el mismo que el que se aplica al caso de las garantías comerciales, como cuando un fabricante y/o un vendedor garantizan la calidad de su producto, de su mercancía. Es el mismo sentido que está en juego también en otras instancias similares, como por ejemplo la habilitación (es decir, garantía) que otorga un título universitario.

Por más argucias que se busquen, si el acto analítico es sin Otro, la consigna lacaniana de que el analista se autoriza de él mismo es doctrinaria, es decir, formaliza lo esencial del acto analítico, y no tiene otros límites más que la propia responsabilidad del analista. Esta responsabilidad es un punto respecto del cual, obviamente, muchos prefieren ser relevados. De ahí esa constante búsqueda de Otros que puedan hacerse cargo de la misma, situación que favorece el desarrollo de manipulaciones teóricas sobre ese tema. Y todo el desarrollo "teórico" milleriano sobre el llamado "concepto" de escuela ha estado destinado a sepultar esa consigna, puesto que la misma libera a los analistas de toda tutela, entre otras la del propio Miller, es decir, la del mismísimo propietario legal de esa enseñanza en cuyo marco dicha consigna se enunció. Así como esa consigna socavó a la IPA, en su momento, la misma ha sido siempre un obstáculo para la implementación de otras modalidades de tutelaje.

Insisto, el "concepto" de escuela desarrollado por Miller e implementado prácticamente en el desarrollo institucional que ahora culmina en la AMP como "escuela una", no es más que la aplicación directa y cada vez más extensiva de aquellos derechos

económicos y jurídicos al campo de toda la práctica analítica que se reclame de la enseñanza de Lacan.

Toda la historia institucional que va desde la fundación de la "Causa Freudiana" (en vida de Lacan), hasta la actual AMP, está regida por esta lógica.

Claro que todo esto es difícil de percibir en tanto nos mantengamos en la hipótesis de que Miller ha sido realmente necesario para poder leer a Lacan o cosas por el estilo.

Por eso me detuve bastante sobre este punto en la primera parte de esta carta.

Veamos ahora que ha pasado con el pase, en tanto fundamento de esa garantía tan preciada.

La "verdad" del uso institucional del pase nos la ofrece el caso de la no nominación en el cartel B del pase de la ECF, ese mismo en torno al cual se desarrolló la llamada "*guerra de los carteles*" y que dio lugar a la intervención directa de los poderes institucionales y a la ampliación de los criterios "*clínicos*" con los nuevos criterios llamados "*epistémicos*" y "*políticos*".

Lo que importa deducir de ese incidente no es que a partir de él se habría producido una desviación en la instrumentación del pase. No se trata de que antes el pase "funcionaba bien" y ahora, a partir del choque con los intereses asociativos, habría sido desvirtuado.

Una vez más, me parece que hay que pensar las cosas al revés: cuando el pase funcionaba "bien", funcionaba "bien" **no** porque funcionara de acuerdo a principios analíticos sino porque funcionaba, muy precisamente, en concordancia con los intereses asociativos.

El incidente no ilustra sobre cómo ha comenzado a funcionar el pase en la AMP de ahí en adelante. Ilustra sobre cómo ha funcionado hasta entonces.

Una prueba de ello es que todos los desarrollos sobre la doctrina del pase han sido secundarios respecto del lugar que se le ha dado al mismo como supuesto fundamento de esa garantía institucional. Y esto no lo digo yo, lo dice el propio Miller y lo reconocen/denuncian los propios involucrados en esta historia.

Es lo que se deduce si tomamos en serio el informe de Miller a la asamblea general de la AMP en Barcelona, tal como lo señala Jacques Adam en su intervención en el foro del 1º de octubre "*L'envers de París*": "*Al releer el informe puede saberse que el departamento del pase nunca funcionó, que el pase quedó más acá de las elaboraciones clínicas esperadas. Se aprende también que la garantía no pudo funcionar más que con el rumor, porque aún está en la AMP, 'titubeante y sin doctrina'. La comisión de enlace entre los distintos países miembros de la AMP no ha funcionado tampoco. Ni ninguno de los cinco departamentos previstos en 1996 para centralizar el funcionamiento de la AMP*".

El mismo J. Adam reconoce que "*la ECF, al intentar aplicar la entrada en la Escuela por el pase en una escuela donde el pase está ya ahí, tal vez perdió la ocasión de discernir en qué este principio del pase podía o no ser la condición misma del concepto de escuela, es decir, el lugar donde este principio mismo podía inscribirse o no en el funcionamiento concreto e institucional de la escuela misma*".

J. Adam cree que "*las cuestiones de doctrina del pase se disolvieron entonces en problemas asociativos*" (subrayado mío) y que "*parece que nos falta aún una hoja en la aproximación a la doctrina del pase de Lacan*". Yo diría, según se desprende de su propia intervención, que el "entonces" está de más, y que "*las cuestiones de doctrina*" **nunca** tuvieron un verdadero desarrollo y tan solo fueron el velo utilizado para ocultar que los que siempre estuvieron al comando de la instrumentación del pase fueron los "problemas asociativos".

Obviamente esto no significa que todo el trabajo que se desarrolló en los carteles del pase ha sido inútil, o cosas por el estilo, pero sí que, aún cuando hubo allí algún trabajo, todo esto no dejó de funcionar, en lo esencial, como ocultamiento de lo que la intervención directa de la asociación respecto de ese caso del pasante del cartel B puso al desnudo: que **los AE tienen un valor institucional antes que analítico.**

Es la propia C. Soler la que retrata de la siguiente manera el funcionamiento real de la mayor parte de los organismos de la AMP (en su "Autopsia de un relato"): "*desde el principio, esos carteles, departamentos, etc., eran ficticios. Y a instancias engañabobos, a responsabilidades también engañabobos, creadas para fingir que hay actuación, resultados engañabobos! Era evidente. Entonces, cuando nuestro DG se otorga un premio de liberalismo porque se abstuvó de cualquier injerencia y que dejó aquellas nonadas a su inexistencia...*"

Si me permiten una vez más las correcciones, yo más bien subrayaría que si todo esto era un **engañoso** es porque entonces había una necesidad de engañar. Los engañabobos nunca están porque sí. Si hacen falta recursos "engañoso" es porque hay "bobos" a los que, a pesar su "bomez", hay que engañar.

¿Y sobre qué punto había que engañar a los "bobos" de la AMP?

Creo que ya está claro: sobre el punto de que el pase tuviera una función analítica antes que institucional.

Entendámoslo de una vez por todas: **los AE son el fundamento de la autoridad de la institución como garantía**, la correa de transmisión, más precisamente, de extracción a partir del dispositivo del pase, de esa garantía que la institución pretende poder fundar en el acto analítico.

Y en ese sentido no importa cuán confundido o mezclado esté, o no, el grado con la jerarquía.

Aún con sus funciones supuestamente diferenciadas, los AE, pensados e instrumentados como lo están tanto en la AMP como en las demás instituciones lacanianas (es decir, más allá de las diferencias de instrumentación en cada caso), no dejan de ser utilizados por la jerarquía, en el sentido de que constituyen, fundamentalmente, un instrumento de garantía institucional.

En la IPA, el reclutamiento de sus miembros requiere, entre sus puntos ineludibles, el paso por el diván de un psicoanalista didacta, el cual, a su vez, hubo de pasar por el diván de otro analista didacta, en una cadena que de ese modo podría remontarse al propio Freud y su entorno. El análisis didáctico y el estándar han sido históricamente el fundamento de la garantía que otorga la IPA.

Al análisis didáctico de la IPA, la AMP y la mayoría del movimiento lacaniano ha opuesto este nuevo dispositivo que es el pase, destinado a verificar, ya no la genealogía de cada análisis y su adecuación al estándar, sino los efectos que darían cuenta de que allí hubo acto analítico.

Pero en ambos casos, como en casi todas las instituciones analíticas, lo que está en juego es el fundamento de la garantía que la misma se otorga el derecho de dispensar sobre lo que será la práctica analítica de sus miembros.

Y lo que es interesante apreciar a nivel internacional es que **la crisis que está teniendo el estándar en la IPA y la crisis que se ha desatado en torno al pase y los AE en la AMP dan cuenta de una crisis general de los intentos por garantizar, es decir, por juzgar "a priori", la práctica de los psicoanalistas.**

Ese es el punto a partir del cual debemos interrogarnos.

¿Para qué diablos es necesario garantizar lo imposible de garantizar?

¿Sobre qué otro punto recae principalmente la garantía si no es sobre la condición profesional, antes que analítica, de los psicoanalistas?

¿Cómo puede aún insistirse en la idea de pretender garantizar una experiencia eminentemente particular (es decir, imposible de estandarizar, de universalizar), una experiencia que debe reinventarse en cada caso, una experiencia que solo puede comenzar a partir de una contingencia, una experiencia cuyo acto fundante es precisamente sin Otro?

¿Es tan difícil ponerse a pensar a partir de preguntas elementales?

El mercado del psicoanálisis

Lo que está en juego en todo esto es el aspecto profesional de los psicoanalistas y su participación en el mercado.

En nuestra era moderna, bajo el régimen de producción capitalista, el concepto de trabajo es aquél por el cual todos los hacedores pueden ser comparados, compatibilizados, commensurabilizados. En otras palabras, la manera de articular entre sí diferentes hacedores consiste en considerarlos como diferentes formas del "trabajo", siendo ese "trabajo universal" el común denominador que permite realizar la equivalencia entre hacedores totalmente dispares. El trabajo es aquello en torno a lo cual la economía capitalista avanza en su proceso de discretización y contabilización del hacer humano para el computo del lucro.

Y en tanto profesionales, los psicoanalistas no dejan de inscribirse en el mercado y en la división del trabajo.

Sabemos que el "hacer analítico" no es un trabajar, y que en ese sentido se caracteriza, en algún punto, en algún aspecto, por ser **incommensurable** con todos los demás hacedores, por ser irreducible a toda contabilización en términos de intercambios sociales.

En particular esto establece que el hacer del analista, en su sentido específico, no puede inscribirse en el hacer/trabajar profesional. El analista, en tanto analista, no es un profesional que vende su fuerza de trabajo a diferentes compradores, como ocurre en las llamadas profesiones liberales, y cuya única diferencia respecto de los asalariados comunes es que estos se la venden a un único comprador (diferencia que en otros aspectos no es nada secundaria). El hacer del analista, en lo que este tendría de específico, sería atópico con relación al mercado de la fuerza de trabajo.

Pero el punto importante es que todo esto se juega en el seno de un malentendido y que **el acto analítico no nos exime de nuestra condición profesional**.

Nuestra intervención e incidencia en el mercado de la salud mental, o en el mercado más acotado del psicoanálisis, no se da en tanto analistas sino en tanto profesionales.

Para decirlo más vulgarmente: **no hay un estatuto particular de analistas para intervenir en relación, por ejemplo, a la economía y el dinero, a la justicia, a la política, y en general a las instituciones y aparatos del estado y de la sociedad.**

La condición de analistas se reduce al ámbito del dispositivo y a la dimensión del acto analítico. En cualquier otro ámbito solo podemos intervenir como sujetos del derecho, como trabajadores (asalariado, liberal, etc.), como capitalistas, etc.

Forma parte de las profundas desviaciones y confusiones a las que ha llevado la construcción de la AMP la idea de que hay una "permanencia" de la condición de analistas más allá de la articulación de tiempo y lugar propio del acto analítico.

Si como veíamos antes, hubiese analista de "jure", es decir, por fuera del acto analítico, entonces es lógico que a más de uno se le ocurra pretender intervenir en lo social desde ese rasgo de identificación. Obviamente es una aberración. Una más de las que han generado Miller y la AMP.

Y es en relación a este nivel que se juega el tema de la garantía.

De hecho, son muchas y variadas las referencias y preocupaciones que hay en casi todas las instituciones psicoanalíticas por la articulación de sus propias garantías con las reglamentaciones con las que los estados de los diferentes países tienden a regular los mercados bajo su control, en particular el de la salud mental y, porque no, el del psicoanálisis.

Por tomar una referencia, entre tantas, en un reportaje previo a la fundación de la Convergencia, uno de los redactores del pre-proyecto europeo (así pluralizamos un poco más las citas), Héctor Yankelevich señalaba: "*En este momento, en todos lados se está agitando el espectro de un estatuto del psicoanalista, tanto en los países del Mercosur, como en los de la Comunidad Europea. Y esto es una tentativa de poner un control estatal en la nominación de los psicoanalistas. Por lo tanto es imprescindible que el lacanismo, si pretende la transmisión de Lacan y no otra cosa, intervenga en la discusión política que se va a dar sobre cuáles son los criterios para otorgar el título de psicoanalista. Hay del lado del psicoanálisis mismo intereses objetivos para trabajar juntos. Si no nos ocupamos de la política, la historia nos va a jugar una mala pasada*" (subrayados míos).

Como se ve, no hay nada en esta intervención que pueda diferenciarse de lo que sería la intervención de un profesional de cualquier otra especialidad.

Lo que dice Yankelevich es que si queremos mantener el control del mercado de consumo de la mercancía psicoanálisis lacaniano, debemos intervenir en la discusión pública, pues están en juego nuestros comunes "**intereses objetivos**". Y la cuestión de la "pureza" en la transmisión de Lacan está claramente subordinada a ese punto. Más claro imposible.

Vuelvo a plantear, entonces, la pregunta: ¿para qué es necesario garantizar la práctica de los psicoanalistas? Por esta sencilla y fundamental razón: **la práctica analítica no deja de ser también una mercadería**.

Una cosa es que Lacan haya formulado que el psicoanalista se autoriza por sí mismo (lo cual vale estrictamente en lo que hace a su relación con el acto analítico) y otra cosa es que, en tanto mercancía, la oferta de psicoanálisis vaya a quedar librada de toda regulación y control.

Con la oferta de psicoanálisis, como con la oferta de cualquier servicio profesional, estamos de lleno en el mercado capitalista, y en tanto tal estamos totalmente sujetos a sus reglas de funcionamiento.

En realidad, esto es algo que todos ven (aunque no todos acepten confesarlo, y menos en público).

¿Qué otro sentido darle sino a intervenciones aceptadas sin mayores comentarios como por ejemplo esta de Antonio Dos Santos en la red de foros?: "*La no inmunización de la asociación a los flujos del mercado y de la globalización se evidencia en múltiples operaciones: la mundialización institucionalizada del psicoanálisis, la apertura y la multiplicación de los institutos de formación, la búsqueda de la apertura de nuevos mercados (en especial el anglo-americano), el desenvolvimiento de una marca de análisis (la milleriana), la estructuración*

empresarial "a la franquicia", etc. Se está creando un "nuevo mercado de análisis": existe al menos uno que detenta el "savoir faire" del final del análisis - a él se remiten clientes para su finalización. Un agalmático mercado interno crece con (re)análisis - un nuevo análisis dentro de los nuevos patrones. El gran interpretador hace intervenciones anticipatorias imputando y seduciendo a nuevos analizantes, "nuevos" analizantes lo buscan para obtener saber y poder. El al menos uno, el gran interpretador, el éxtimo, son una sola persona!. La colectivización se acentúa en la circulación de temas y significantes fulgurantes que fascinan y/o se imponen a partir de las directivas generales. Las instituciones analíticas son, entonces, la garantía de los psicoanalistas".

Pero parece que a pesar de "saberlo", no terminamos de sacar las conclusiones que ello impone. Por eso el propio Dos Santos ilusiona la posibilidad de una "*inmunización de la asociación a los flujos del mercado*". Pero eso, precisamente, es un imposible.

Lo que rige el funcionamiento, no solo de todas y cada una de las formaciones sociales, sino del conjunto de la sociedad, es lo que él llama "*flujo del mercado*", eso que, con un poco más de precisión, Marx definía como régimen de producción capitalista.

La función esencial de la "garantía psicoanalítica" institucional es la del control, regulación, manejo y usufructo de parte del mercado psicoanalítico. Este es todo el meollo de "*la cuestión del continuum moebiano entre el pase y la garantía*": cuando pasamos del pase como dispositivo de investigación y aprendizaje a la garantía institucional hemos dado una vuelta de más por donde se ha colado la lógica del mercado capitalista.

Para decirlo con todas las letras, la IPA es la multinacional que administra y gerencia los bienes que constituyen la herencia de Freud. Y su estabilidad se debe, entre otras cosas, a que siempre lo supieron reconocer de un modo más transparente que los lacanianos que siempre se andan enredando con la carga ideológica de sus "causas" y sus purismos. Por algo la sesión plenaria de los congresos de la IPA desde siempre se ha denominado el "**Business Meeting**", lugar donde solo votan los miembros titulares (los asociados participan pero no votan). El mismo Lacan no se privaba de recordarnos que "*ellos no pierden tanto el norte cuando se trata de ganarse el pan*"¹¹.

Si algo hay que reconocer en Miller es que es uno de los pocos que ha aprendido esa lección, pues si algo podemos decir de él es que tampoco parece perder tanto el norte cuando de plata se trata. Ese es el fundamento de su orientación y de su escuela.

La AMP, a semejanza de la IPA respecto de Freud, es la multinacional que administra y gerencia los bienes que constituyen la herencia de Lacan. Y entre esos bienes parece que se cuentan los derechos por regalía a cobrar a aquellos que en su práctica pretendan hacer uso de la enseñanza de Lacan.

Como ya lo han reconocido otros, el sentido fundamental de la "reconquista del campo freudiano" con la que Miller ha bautizado la "causa analítica" es la reconquista, primeramente del mercado psicoanalítico lacaniano, y segundamente, del mercado psicoanalítico en general. De ahí que los objetivos de la AMP, para el próximo período, no dejen de expresarse en términos geográficos: Inglaterra y los Estados Unidos, es decir, el territorio del mercado psicoanalítico monopolizado hasta ahora por la IPA (no quedan dudas que Miller es un hombre de armas tomar).

Las tan promocionadas renuncias a las que habrían accedido los diferentes grupos lacanianos que paso a paso se fueron incorporando a la AMP y sus escuelas de base no son más que las renuncias al control que tenían de ciertos recursos económicos (locales, editoriales, institutos,

¹¹ Jacques Lacan, "*Proposición del 9 de octubre de 1967*", ver en http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_pase&SubSec=articulos&File=articulos/lacan_proposicion.htm

etc.) y su inclusión en una estructura económica mayor (en todo similar a lo que ocurre con las actuales incorporaciones de empresas nacionales o regionales por parte de grandes multinacionales, sea en el rubro bancario o el que sea).

Fijémonos también en detalles como estos: ¿en qué puntos se concentran finalmente las disputas en la ECF si no es en los dineros que se han invertido en ciertas publicaciones más que en otras, o en cómo se repartirán cosas tan evidentes como el valor inmobiliario de la propia sede de la ECF? ¿Acaso no podríamos interpretar las diferentes estrategias específicamente institucionales que se siguen en la red de foros en cada país en función de los derechos, bienes y relaciones de fuerza (es decir, votos de miembros plenos) en juego en cada caso?

El reagrupamiento producido en torno a la *Convergencia* también debe leerse, en este sentido, como un reagrupamiento de fuerzas de toda una serie de grupos lacanianos menores que ven amenazada su porción del mercado psicoanalítico por el avance de la AMP.

En el acta de fundación hablan de los "*efectos nocivos de la fragmentación que hace estragos en el movimiento lacaniano internacional*", sin especificar en qué consistirían estos "efectos nocivos", y sin percibirse de que la tendencia a la fragmentación hace tiempo que ya pasó (sin que se les ocurriera fundar *Convergencia*) y que si hay algo que caracteriza al movimiento lacaniano internacional, en esta época, lo mismo que con los movimientos económicos a nivel mundial, es más bien la tendencia a la conformación de grandes bloques multinacionales.

Con lo cual, el único sentido que podría darse a los "estragos" que resultarían de la "fragmentación" es la debilidad en que dicha fragmentación deja a cada grupo respecto de esta tendencia mundial a los grandes agrupamientos comerciales para el control del mercado.

Dice Isidoro Vegh, "*nos cansamos de pelear por pequeñas trayectorias, por miserias*"¹².

A mí me parece que no es tanto que se cansaron de pelear por pequeñeces (por algo en el acta de fundación de la *Convergencia* todo el cuidado está puesto en el respeto de las "pequeñeces" de cada institución participante) sino que han tomado conciencia de que frente a la IPA y la AMP, su fragmentación los deja en posición débil.

Ahora bien, ¿qué tiene todo esto de "malo"? ¿Por qué todo esto debería ocultarse?

¿Qué tiene de "malo" que Miller quiera controlar la mayor parte del mercado psicoanalítico lacaniano e incluso hacer pie en los territorios de la IPA?

¿Qué tiene de "malo" que C. Soler quiera su parte de la sede de la ECF, o que I. Vegh y otros lacanoamericanos estén preocupados por su pedazo del mercado psicoanalítico?

Sin embargo, es un hecho que hablar de estas cosas genera los mayores rechazos en los ámbitos psicoanalíticos.

Es más, estoy seguro que este ítem de esta carta será el que más rechazos generará y que posiblemente haya muchos colegas que llegados a este punto habrán optado por desecharla y descartarla con cualquier clase de justificación.

Y debo reconocer que me ha costado dar este paso.

¿A quién le puede gustar atraerse iras, desprecios, sornas, etc.?

A mí tampoco, ténganlo por seguro.

¹² Ver en <http://www.herreros.com.ar/isidoro.htm>

Pero no dejo de pensar que todo esto tiene una importancia fundamental en la causación de las crisis institucionales en el psicoanálisis. Y lo que es más grave aún, que esto también tiene fundamental incidencia en lo que considero graves desviaciones del psicoanálisis tanto en lo que hace a ciertos aspectos propiamente clínicos como en lo que hace a su intervención en el campo de la cultura y lo social.

Quizás esté equivocado.

Pero la única manera de verificarlo es plantearlo y someterlo a debate.

Así que prosigo.

Segunda Parte

12/12/1998

La politización del psicoanálisis

Desde siempre el psicoanálisis ha abordado el problema de la cultura.

Ello por dos razones fundamentales.

Una razón es económica. El psicoanálisis no constituye una especialidad médica y por lo tanto no se inscribe como tal dentro del menú general de las prestaciones médicas y sanitarias.

Su oferta en el mercado profesional (o de los saberes, o como cada cual quiera llamarlo) requiere de otras vías. Esto implica que su inscripción en la cultura es tan importante como su inscripción en el campo de la salud mental para la constitución de un mercado propicio a las demandas de análisis y la existencia económica y física de los analistas.

La otra razón es clínica. Como bien señala Freud en el comienzo de su "*psicología de las masas*", "*en la vida anímica del individuo, el otro cuenta con total regularidad*".

En ese sentido, debemos tener presente que el psicoanálisis es un producto histórico, y que si bien en algún sentido podríamos reseñar, retroactivamente, la presencia de "histeria" en muchas épocas pasadas, el psicoanálisis como partenaire de la misma solo es posible en la medida en que la histeria encarna cierta subjetividad propia de una determinada época. Para decirlo de modo más preciso, y con palabras de Lacan, "*el sujeto sobre lo que opera el psicoanálisis es el sujeto de la ciencia*"¹³, donde la referencia a la ciencia, aquí, es a la ciencia moderna. A lo cual cabe agregar que dicha ciencia moderna, a su vez, es también un producto histórico, que al igual que el psicoanálisis, debe asociarse al advenimiento del capitalismo como modo de producción dominante.

En consecuencia, siempre ha sido necesario para el psicoanálisis, para poder precisar su ubicación, realizar determinados abordajes de la cultura y el campo de lo social. Ya lo decía Lacan en el comienzo de su enseñanza: "*mejor pues que renuncie quien no puede unir a su horizonte la subjetividad de su época*"¹⁴.

El problema que aquí se plantea es que muchos olvidan que esas incursiones teóricas del psicoanálisis sobre lo social solo constituyen fragmentos de un circuito que recién se cierra cuando hemos retorna a nuestro campo práctico específico: el dispositivo analítico.

¹³ Jacques Lacan, "*Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*", Escritos 2, Editorial Siglo XXI

¹⁴ Jacques Lacan, "*Función y campo de la palabra y el lenguaje*", Escritos 1, Editorial Siglo XXI

Por ejemplo, muchos olvidan que el título freudiano de "*psicología de las masas*" se completa con el de "*análisis del yo*" y que los análisis freudianos del ejército, la iglesia o el grupo de jovencitas pupilas, como el de cualquier otra formación social parcial o fragmentaria, nunca pretendieron ser una guía para la acción práctica en el ámbito propio de esas formaciones sino solo una incursión necesaria para poder pensar, para el caso, el tema de las identificaciones en relación a la práctica específicamente psicoanalítica.

Al mismo tipo de abuso se somete, por ejemplo, la formalización lacaniana de los 4 discursos, al suponer que el matema del "*discurso del amo*" o el del "*discurso universitario*" podrían constituir una guía para la acción en el campo de lo político o de la universidad, olvidando que todo el funcionamiento de la estructura del discurso (lugares, secuencia de las letras y giros) solo tiene por objetivo concreto formalizar el estatuto del acto analítico (el cuarto de giro del "*discurso de la histeria*" al "*discurso del analista*").

Ya cayeron bastante en el ridículo nociones como las de "*inconsciente colectivo*". Pero son muchos en cambio los que hoy proponen, sin ruborizarse, la noción de goce como "factor político", cuando sabemos que dicha noción está tan indisolublemente ligada a la dimensión de lo particular como la de inconsciente.

El psicoanálisis es la teoría de una práctica articulada en torno al dispositivo analítico y la dimensión de lo particular y la validez de sus incursiones en otros campos solo se verifica en la medida en que el circuito retorna a su campo práctico específico. Este es el punto que no han entendido críticos como Alan Sokal u otros respecto de las "deformaciones" sistemáticas que ha realizado Lacan sobre todas y cada una de las nociones y conceptos que ha importado desde otras prácticas hacia el psicoanálisis. Esta es la razón también por la que jamás fue relevante la exactitud histórica o antropológica de "*Tótem y Tabú*".

Lo grave, en realidad, es que parece que esta lógica es algo que tampoco comprenden muchos psicoanalistas, perdiendo de vista que, de modo similar, cualquier procedimiento inverso, es decir, cualquier intento por transportar conceptos psicoanalíticos a otros ámbitos prácticos exige, forzosamente, una transformación de los mismos que los alejará en la misma medida del psicoanálisis. Así, por ejemplo, es común usar el término "*síntoma*" en varios ámbitos, pero no se tratará del mismo concepto en cada uno de ellos y, consecuentemente, tampoco tendrán el mismo tipo de validación ni constituirán una guía común para la acción práctica.

Al no respetar estos distingos muchos analistas se han lanzado a la aventura de teorizar e interpretar todo el campo de lo humano desde una perspectiva psicoanalítica, desoyendo la vieja recomendación de Freud de no hacer del psicoanálisis un nuevo "*Baedeker*" filosófico-político-existencial.

En ese sentido hay un punto que condensa muchos malentendidos: la importancia asignada al lenguaje. En efecto, **el psicoanálisis ha descubierto la relación esencial del ser humano con el lenguaje. Pero** por esencial que sea esa relación **este no es el único nivel de constitución y determinación de la condición humana.**

Está claro que esta relación es esencial en lo que a la práctica analítica se refiere. Pero no es forzosamente la principal en otros ámbitos.

Es posible que haya homologías entre las diferentes lógicas que ocupan una posición dominante en diferentes ámbitos. Por ejemplo, el propio Lacan planteó la noción de "*plus de goce*" en homología con la noción marxista de "*plusvalía*". Pero la homología no significa equivalencia estricta, ni superposición lisa y llana de los diferentes registros. Siguiendo con el ejemplo anterior, esto significa que, a pesar de su homología, la noción de "*plus de goce*" no es apta para abordar los problemas de la lucha de clases así como tampoco lo es la de "*plusvalía*" para abordar los problemas de la clínica psicoanalítica.

Al descuidarse estas diferencias se ha producido una extensión, sin límites, de la preeminencia del lenguaje como orden de determinación, verificada en el dispositivo analítico, a todos los niveles de la existencia humana.

En realidad, este es un movimiento que no es exclusivo del psicoanálisis. Podríamos ubicar el comienzo de esta extensión de la primacía del lenguaje a los análisis de lo social con el surgimiento del estructuralismo, a partir del primer paso que dio Levi-Strauss en "*El pensamiento salvaje*". Desde entonces se ha desarrollado toda una corriente de pensamiento que parte de esa premisa y que abarca a los estructuralistas, neoestructuralistas, deconstructivistas y los actuales posmodernos.

El punto es que esta extensión ha sido propicia para alimentar la ilusión de que las conceptualizaciones psicoanalíticas de las relaciones del sujeto con el lenguaje serían de validez universal, es decir, que todo lo humano sería susceptible de ser abordado en estos términos.

Esto implica, forzosamente, una negación, más o menos fuerte, de la primacía de otros eventuales órdenes de determinación.

Es lo que voy a tratar de poner en evidencia.

Para ello, voy a partir de uno de los lugares donde esta confusión ha echado sus más fuertes raíces: en la insistencia de la idea de que una institución psicoanalítica que se precie de tal debe fundarse en algo propio del psicoanálisis.

En efecto, por cuestiones de lógica estricta, la inscripción reiterada, entre los principios de dichas instituciones, de la idea de que la misma **no** funcionará como una formación social más, la insistencia en afirmar que dicho funcionamiento será regido por principios propios del psicoanálisis, antes que garantizar relación especial alguna con el psicoanálisis, constituye **un rechazo de la preeminencia de otras determinaciones propias del ámbito social**, pues justamente supone la posibilidad de que, en el seno mismo de lo que es una formación social (una institución), la legalidad que funcione en posición dominante sea la del psicoanálisis.

Esta extensión de los principios del dispositivo analítico al funcionamiento asociativo e institucional de los psicoanalistas es correlativa, y reproduce, la extensión anteriormente señalada de la teoría psicoanalítica al universo de la existencia humana.

Salvando las distancias, todo parece indicar que aquí también valdría aquello de que "los no engañados... erran"!!

Tratemos, entonces, de precisar bien el punto donde se produciría esa errancia.

En esta discusión acerca de si corresponde o no insistir en la idea de crear una institución fundada en el acto analítico son comunes tres tipos de anticipaciones.

La primera, parte de lo que sería una simple consideración de los efectos por el contrario: la prueba de a donde conduciría una institución que no inscriba entre sus principios aquella aspiración de extraterritorialidad, sería la IPA.

Pero como ya lo señalé antes, esto es algo falso. La pretensión de fundar la institución en algo propio del psicoanálisis es una situación común a todas las instituciones psicoanalíticas. En realidad esta es una idea ya muy vieja que en otros tiempos recibió otros tipos de justificaciones.

La IPA también ha inscripto entre sus principios esta pretensión de "extraterritorialidad" social. Quizás no de modo tan explícito como en el caso de las instituciones lacanianas, y quizás,

además, esto se haya particularmente desdibujado con el correr del tiempo y con su constante adaptación a los criterios del funcionamiento empresarial. Pero también lo ha hecho. Para el caso, por la vía de los criterios de admisión.

En otros términos, el fracaso de la AMP para constituir una institución fundada en el acto analítico debe considerarse inscripto en una serie que no comienza siquiera con la EFP, sino en una serie que también incluye lo que ha ocurrido con la IPA.

En ese sentido, "para no hacer lo mismo que la IPA" no es una respuesta correcta a la pregunta "*¿por qué la transmisión y desarrollo del psicoanálisis requeriría, como premisa, el rechazo, por parte de los psicoanalistas, de su condición social para su funcionamiento asociativo?*"

La segunda anticipación agrega, a la anterior, la explicación freudiana de que el rasgo distintivo de las formaciones sociales serían los procesos identificatorios. En este caso lo que se suele subrayar es el carácter inevitable de los mismos. Pero, entonces, ¿cuál es el sentido de esta premisa de extraterritorialidad analítica?, ya que lo único que hace esta pretensión de constituir una formación social diferente de las demás formaciones sociales, amén de su obvia analogía con la posición neurótica del querer ser "*diferente a los demás*", es erigir la condición de psicoanalista en un nuevo rasgo de identificación. ¿Para qué agregar a la inexorabilidad de los procesos identificatorios este nuevo rasgo? ¿Qué solución aporta eso?

Por otra parte, este planteamiento también es una anticipación porque la inevitabilidad de los procesos identificatorios no es prueba alguna de que este sea el nivel de determinación esencial de las formaciones sociales.

La tercera anticipación completa la anterior con las teorizaciones lacanianas sobre el lazo social.

En cierto sentido, más de uno podría insistir en que no es cierto que los psicoanalistas no tengan presente el choque de lógicas en juego en las instituciones psicoanalíticas. Más aún, ¿acaso no partí yo mismo de una cita de Colette Soler donde se afirma, precisamente, que el problema que todas las instituciones analíticas tienen que resolver es de la "*tensión entre el discurso del amo y el discurso analítico*"? ¿Acaso no agrega, la misma Colette Soler, a continuación, que "*no hay agrupamiento humano que no esté estructurado por el discurso del amo*", y que toda institución está enfrentada a esta aporía?

Sin embargo la evidencia de la repetición lleva a suponer que algo, en todo esto, no funciona tal como se lo ha pensado. Algo en todo esto sigue fallando.

Una y otra vez se sigue constatando la repetición del siguiente proceso:

- se parte de la premisa de fundar una institución a partir de algo propio del psicoanálisis
- se llega a un punto donde se verifica el fracaso de este objetivo y el predominio de funcionamientos asociativos que se cree poder precisar y conocer
- se concluye en la hipótesis de que los dispositivos previstos para garantizar aquél objetivo no han sido correctamente instrumentados
- se vuelve a partir con la misma premisa y con la convicción de que "esta vez, sí", los dispositivos funcionarán correctamente y asegurarán el logro de dicha premisa

Y así, el ciclo vuelve a repetirse.

Ya he escuchado decir que debemos asumir esa repetición como inexorable y que hay que seguir insistiendo pues lo contrario sería ceder ante lo imposible implicado en la misma, es decir, quedarnos en la impotencia. A mí me parece que la cuestión es exactamente al revés: lo que nos reduce a la impotencia es perseverar en el punto de padecer los efectos de la

repetición. El abordaje del imposible no pasa por resignarse a padecer su repetición sino por el trabajo que, a partir de la repetición, nos permita precisar correctamente ese punto de imposible. Decididamente, la perspectiva **no** puede ser la de... "français, un effort de plus..."

Veamos entonces si el problema no radica en la formulación misma con la que se lo teoriza, es decir, volver a pensar si esa formulación del problema es la correcta.

Por eso comencé señalando el problema del alcance que pueden tener nuestras teorizaciones de lo social desde los conceptos y herramientas del psicoanálisis.

En ese sentido, el punto a pensar sería el que S. André y otros plantean acerca de la función del no analista en la institución psicoanalítica, recordando, como él lo hace, el lugar de interlocutores privilegiados que les otorgaba el propio Lacan, a punto tal de admitir la posibilidad de colocarlos al nivel del control del acto del psicoanalista. "*¿Dónde está hoy el no analista en nuestro movimiento? ¿Dónde están los filósofos, los lingüistas, los antropólogos, los sociólogos, los escritores, los artistas?*" se pregunta S. André.

La función del no analista no se reduce a la simple intervención de ciertas personas. Ellas, de última, no podrían hacer otra cosa más que recordarnos los límites propios que implican, por sí mismos, para el psicoanálisis, otros discursos, otras conceptualizaciones. Por lo tanto, la pregunta de S. André no debería pensarse tanto en términos de buscar donde están, físicamente, los no analistas (aunque estos sean necesarios para sostener, prácticamente, esos otros discursos y conceptualizaciones), sino en términos de por dónde nuestras teorizaciones hacen caso omiso de los límites que les fija, tanto la especificidad de nuestra práctica, como la especificidad de otras prácticas.

Y al respecto, el primer punto donde habría que sospechar los efectos de la ausencia de esta función ¿no sería, precisamente, en el campo de nuestras teorizaciones de lo social, es decir, respecto del propio campo de donde provienen los no analistas?

Convendría prestar atención, por ejemplo, al problema que percibe uno de los pocos no analistas que he visto intervenir en la red de foros, Marlón Cortés, quien se pregunta acerca del funcionamiento de las instituciones como iglesias.

Una crítica en el mismo sentido ha sido dirigida por otro no analista, que no se inscribe institucionalmente en ningún lugar, y al que, a pesar de lo que piensan muchos psicoanalistas, me parece que habría que prestar oídos: Alan Sokal.

Lo que Sokal denuncia, a su modo, es cierta extensión sin límites de nuestras formulaciones, y la transformación de la teoría psicoanalítica (en la versión lacaniana) en una cosmovisión, lo que nos conduciría, a pesar del laicismo del psicoanálisis (y justamente por esta característica) a la creación de un nuevo tipo de religión.

Muchas de las cosas que dice Sokal son criticables y la misma exterioridad en la que él se coloca hace difícil todo diálogo con él. Pero aún desde esa exterioridad, y más allá de las grandes falencias de sus deducciones, ¿no alcanza de todos modos a señalar lo que podría ser parte de nuestros problemas?

Otro no analista, un tanto más afín al psicoanálisis, Jean Claude Milner, también subraya el problema de que ciertas direcciones, en el pensamiento del propio Lacan (lo que él llama "*el primer clasicismo de Lacan*"), nos conducen hacia un cierto trascendentalismo.

En síntesis, lo que más de uno insiste en señalarle a los psicoanalistas lacanianos es que sus teorizaciones parecen no encontrar límite alguno y terminan transformándose en filosofía político-existencial o religión.

Creo que la misma cita de Colette Soler nos serviría para pensar el problema. En efecto, cuando ella dice que "**no hay agrupamiento humano que no esté estructurado por el discurso del amo**", lo que habría que percibir es que **lo que realmente allí se afirma es que no habría ámbito que no pueda pensarse a partir de conceptos psicoanalíticos** (puesto que "discurso del amo" es un concepto específicamente psicoanalítico).

Y esto implica forzosamente un rechazo (por no usar directamente el término **forclusión**) **de todas las legalidades que no estén comprendidas por ese tipo de conceptualización psicoanalítica.**

Por ejemplo, una de las cosas que allí se rechaza es la idea de que la sociedad esté regida por la lógica de la lucha de clases, es decir, por las leyes económicas y políticas planteadas por Marx. En ese sentido, la cita de C. Soler da cuenta de una posición, lamentablemente compartida por gran cantidad de psicoanalistas lacanianos, que supone que Marx, para el caso, es algo superado (es llamativo como los psicoanalistas, tan dispuestos a ser "clásicos" respecto de Freud, suelen ser tan "posmodernos" a la hora de la política).

Lo que debe quedar claro, sobre lo que no tenemos, ni podemos, hacernos los tontos (los "bobos", para retomar las expresiones en boga), es que **esto es una posición política, una posición política en el propio campo de lo político y de lo social, pero que pretende justificarse desde el campo del psicoanálisis.**

Para hacer más concreto el debate, consideremos una de las variantes que adopta esta "politización" del psicoanálisis.

La caída del muro de Berlín y la enormidad de la actual crisis económica ha producido, en el campo de lo político, un profundo agotamiento ideológico en relación a los mecanismos justificatorios del capitalismo. Pero como no hay agotamiento argumentativo que sea definitivo, al menos hasta la caída real del modo de producción que los requiere, de alguna manera es necesario seguir haciéndolo.

El caballito de batalla actual consiste en deducir de esa caída del muro de Berlín y de la globalización económica la supuesta evidencia de la victoria del modo de producción capitalista y la desaparición de cualquier horizonte histórico que suponga un cambio de régimen social. En otros términos, podríamos caracterizar a todos los "nuevos" discursos ideológicos como fukuyamistas, en el sentido de que todos ellos acuerdan con la idea de que el modo de producción capitalista constituiría el último estadio en la historia de la humanidad, constituiría un régimen social infinito e inagotable (en el sentido de que no incubaría contradicciones insuperables). La expresión más vulgar de esta hipótesis es la de la omnipotencia de los "mercados".

Ya no se trata entonces de justificar el régimen en sí (puesto que la premisa es que no hay otra cosa posible en el mundo) sino de desarrollar filosofías que den cuenta de cuál sería la forma más adecuada o conveniente para vivir en él. Y la misma difusión insistente y sistemática de este tipo de filosofías reafirma, a su vez, aquella premisa fukuyamista (lo llamativo es que las formas que toman estas argumentaciones, justificaciones y filosofías, en casi todos los casos, son las del escepticismo, las del descreimiento, las del individualismo, es decir, antes que la confianza y exaltación propias de la "victoria", más bien la tónica de los "sálvese quien pueda" propios de un fin de régimen).

Los dos rasgos diferenciales de estas nuevas filosofías políticas son:

- por un lado un marcado a-historicismo (fundado en general a partir del acento puesto en el carácter estructural del lenguaje)
- por el otro, el acento puesto en la condición individual como fundamento del campo de lo social.

Correlativamente, hay dos ejes que permanecen ocultos:

- el carácter histórico de toda formación social
- el determinismo propio de cada modo de producción, es decir, el principio de la división de la sociedad en clases sociales y la alienación que esta implica.

Es en este marco que se inscribe cierta cooptación del psicoanálisis como la que denuncia O. Kernberg. De hecho, casi todo el pensamiento neoestructuralista, deconstructivista y posmoderno se ha volcado a esta tarea de soporte político.

Es así como asistimos a intervenciones directas en el campo político de pensadores como Derrida con su nueva "internacional" neo-marxista, o de personas íntimamente asociadas al psicoanálisis, como Slavoj Zizek (no solo como asesor directo del gobierno esloveno, sino también como teorizador de nuevas "concepciones" políticas fundadas en nociones psicoanalíticas), por tomar solo algunos ejemplos cercanos, por un lado u otro, al psicoanálisis.

Es interesante percibir que el llamado "affaire" Sokal, y la posterior crítica que este dirige hacia los lacanianos, se originó como una reacción y denuncia de esta función de soporte político por parte de los posmodernos (más allá de que luego, intervención de los grandes medios de comunicación mediante, todo se haya diluido en una simple crítica metodológica).

Veamos ahora cómo se posicionan muchos psicoanalistas frente estos problemas.

Como ya lo dijimos, la mayoría se embarca en la tesis fukuyamista del ahistoricismo del régimen social. El eje de esa orientación política, desde la perspectiva de muchos psicoanalistas lacanianos, es el resuscitamiento milleriano del "famoso" matema del "*discurso del capitalista*", con el cual se pretender hacer una lectura del presente régimen capitalista en términos de un circuito que permitiría el encuentro del sujeto con el objeto de goce (para el caso, vía los objetos técnicos).

Así, por ejemplo, Pierre Bruno, en un viejo número de *Quarto*, planteaba lo que tantos otros consideran ya como una "enseñanza" adquirida: "*con el discurso capitalista nos encontramos con un circuito cerrado. Es decir, gira en redondo, sin posibilidad de salida, de pasar a otro discurso, puesto que es desde la no relación (disyunción de la verdad y la producción) que se realiza la rotación*". Basándose en la lectura de algunos párrafos de Lacan en "*Televisión*", en particular en la frase donde habla de "*salida del discurso capitalista*", P. Bruno llega a estas dos conclusiones claramente políticas:

- Por un lado adhiere a la premisa fukuyamista de la condición inagotable del modo de producción capitalista (fin de la historia), fundamentándolo, en su caso, en el carácter de "circuito cerrado" del mismo dentro del matema del discurso
- Por el otro, al erigir al psicoanálisis como "alternativa" al capitalismo, lo inscribe dentro del campo de las opciones y filosofías políticas del "sálvese quien pueda", es decir, en el campo de las filosofías que plantean que no hay alternativas colectivas (al respecto cabe señalar que las diferencias en cuanto al modo en que en cada caso se plantea la "salvación", punto sobre el cual cada una pretende poner el acento, no tiene importancia en lo que hace a la posición política en sí, y que en ese sentido, estas filosofías, por "elaboradas" e "intelectuales" que se pretendan, no tienen nada de original: el kiosquero de la esquina de mi casa no necesita tener idea alguna de psicoanálisis para sostener una posición política en todo semejante)

De modo similar, Jorge Alemán, en el primer número de una nueva revista de la AMP dedicada a las relaciones del psicoanálisis con lo político ("*Dispar*"), cree que "*el marxismo ha retrocedido frente a todas las cuestiones donde el goce puede anidar: la cuestión del objeto técnico como plus de goce antes mencionado y los otros puntos cruciales atinentes al goce, la cuestión de los pueblos, las lenguas y las religiones*". Para Alemán, el capitalismo debe

caracterizarse como una "*nueva puesta a punto de las condiciones del modo de gozar*" por lo que propone una "*renovación del materialismo*" que tenga en cuenta "*la cuestión de los sedimentos de goce en las formaciones sociales*".

Y con estos criterios supongo que pretenderá pensar los problemas del conjunto de la sociedad, por ejemplo la caída de las bolsas en Asia, la crisis en Rusia, las matanzas en África central, los conflictos políticos en los Balcanes, la huelgas de aquí y allá, y la lucha de clases en general.

La realidad, sin embargo, es totalmente contraria a la tesis de Fukuyama.

La caída del muro de Berlín no da cuenta de un supuesto fracaso de la perspectiva de la revolución socialista, puesto que lo que se cayó con dicho muro no fue otra cosa más que la podrida burocracia estalinista que había expropiado a la revolución de octubre. Que la clase obrera mundial no haya podido explotar a su favor la enorme desestabilización que esta situación creó no significa de modo alguno que el capitalismo haya encontrado la manera de superar sus propias contradicciones históricas. Tan solo significa que esas contradicciones no han alcanzado aún un límite absoluto en su desenvolvimiento.

Lo importante, en ese sentido, es percibir cómo las resoluciones parciales de estas contradicciones (en el propio marco del capitalismo) van testimoniando, aún en su parcialidad, de ese carácter histórico de su agotamiento. Por ejemplo, tampoco el capitalismo pudo sacar todo su provecho de la caída del muro de Berlín: a pesar de que la incorporación de Rusia y China al mercado mundial le ofrecería la ocasión de una expansión que podría darle nuevos bríos, no encuentra la manera de realizar dicha incorporación. Con lo cual, lo que potencialmente podría ser una solución (aunque sea parcial) a la crisis, el mismo elemento termina convirtiéndose en su contrario, es decir, en un factor de agudización de la misma (como lo demuestra la crisis rusa).

Por otro lado, está claro que jamás hubo mayor contradicción entre los avances que han tenido la ciencia y el desarrollo de las fuerzas productivas y la situación de privación a la que son condenadas masas cada vez mayores de la población mundial.

En síntesis, que la revolución socialista no sea inexorable (puesto que requiere la acción política de la clase obrera a nivel internacional, cuestión que no está garantizada) no significa que el capitalismo sea eterno. La opción puede ser la barbarie. De hecho, la humanidad ya pasó por un momento así: la caída del imperio romano fue, justamente, el resultado del agotamiento histórico del modo de producción esclavista, y condujo al hundimiento de la civilización occidental a un periodo de siglos de barbarie.

Las catastróficas situaciones de Rusia, Asia o África, la liquidación de viejas conquistas sociales (jornada de 8 horas, jubilación, servicios sociales, etc.) en todos los países del planeta, etc., no son más que un antícpo de a dónde nos va conduciendo la lógica del modo de producción capitalista.

Una vez más, no hay como los "clásicos" para poder entender lo "moderno".

Como con "*La interpretación de los sueños*" para la neurosis, con su siglo y medio de existencia, "*El capital*" sigue siendo la principal herramienta para cualquier análisis de la realidad económica y social. En ese sentido el marxismo es la única posición política que plantea el carácter histórico de este régimen y la necesidad, también histórica, de un horizonte regido por la alternativa entre revolución socialista y barbarie (lo cual no quiere decir que esa sea la posición de muchísimos de aquellos que pretenden reclamarse de Marx). El marxismo es también la única posición política que cuestiona el principio del libre albedrío, el principio del sujeto unificado del derecho, sostenido por la democracia burguesa.

Por lo tanto, plantear la obsolescencia de Marx, como lo supone la conceptualización de lo social a partir de la noción psicoanalítica de "discurso del amo", implica forzosamente alinearse en el campo políticamente contrario, es decir, en el de los sostenedores (sean entusiastas, escépticos, o con el matiz subjetivo que cada cual prefiera) de la idea de que la sociedad se constituye por el agregado de individuos, de sujetos del derecho, definidos, en tanto tales, como propietarios (ver al respecto un artículo tan viejo como interesante, "El loco de la república", de Dominique Laporte, publicado en los números 7 y 8 de "Ornicar?"), así como en los sostenedores de un ahistoricismo necesariamente reaccionario.

Ahora bien, hay dos cosas importantes y graves en todo esto.

Por un lado, si esta posición política anti-marxista fuese sostenida, primero, por cada cual, y segundo, desde los argumentos anti-marxistas propios del campo político, toda esta discusión sería irrelevante.

El tema tiene importancia en la medida, justamente, en que dicha posición política pretende ser sostenida desde la teoría psicoanalítica, con lo cual implica al psicoanálisis de conjunto, es decir, a los psicoanalistas de conjunto (son comunes las situaciones en que el consenso numérico que obtiene este tipo de desviaciones ha permitido hasta ahora a los psicoanalistas hablar a favor de la democracia burguesa, sin pudor, y desde su supuesta condición de psicoanalistas, creyéndose, seguramente, *"non dupes"* de la realidad política y económica del mundo actual).

De hecho, con esas ideas, los sujetos son convocados al psicoanálisis como la única "salida" al "discurso capitalista", transformando de este modo al psicoanálisis en una opción "política" (por más declaraciones y afirmaciones que se hagan, en sentido contrario, al nivel de los enunciados).

El corolario no puede ser otro que el posterior agrupamiento de los "analizados" en la "escuela" o institución de los analizados/"salvados".

Como lo decía antes, esto no es sin consecuencias, es decir, sin los "retornos", en el seno mismo de esa "arca de Noé", de las figuras más nefastas del sujeto del derecho, es decir, la lógica de la propiedad privada (recubiertas muchas veces con las figuras aún más nefastas que pueden implicar las connotaciones religiosas que a menudo se agregan a estas posiciones).

Decía un conocido psicoanalista de IPA que "*la institución es el marco destinado a limitar la psicosis de los analistas*". Creo que habría que reconocer que muchos de los lacanianos han terminado por invertir este planteo y han transformado a su institución en el trampolín para un delirio sin límites. En todo caso, así parece funcionar la AMP.

Si algún sentido puede tener la idea del propio Lacan de poner a los no analistas en el control del acto analítico, sugiero que convoquemos para ello a Marx. Las opciones podrían ser otras también. Que cada cual haga sus propuestas.

Pero lo fundamental es comprender que para pensar en una institución psicoanalítica, lo primero que debemos evitar es "errar" en esa idiotez de pretender estar exentos de la alienación a la que nos somete el modo de producción capitalista, el régimen de las mercancías, y hacer el necesario lugar a las leyes propias de la economía y de la lucha de clases.

Y esto requiere no forcluirlas con una declaración de principios de extraterritorialidad analítica.

Un último comentario sobre este punto.

Jorge Alemán, en el comienzo del artículo ya mencionado, plantea lo que serían las "visiones" que en general tendrían el psicoanalista y el político, el uno del otro. Así, el político vería en el psicoanálisis *"una versión moderna del 'cuidado de si' clásico y dedicado a desentrañar aquello que es irrelevante para la perspectiva pública y social"*, en tanto que el psicoanalista, en general, *"observa en el político a alguien apresado en las vicisitudes del poder, o a quien testimonia con su sacrificio personal la sujeción imaginaria a un Ideal, desconociendo así las consecuencias reales de su acción"*. A continuación J. Alemán plantea que esta es una expresión más de lo que serían las clásicas "aporías" entre lo público y privado, y pretende resolver el problema del modo que ya vimos, es decir, buscando crear una nueva "configuración de lo político", a partir de su filosofía heidegero-lacaniana. Lo interesante de dicha "superación" es que solo viene a desautorizar el primer término de la "aporía" anterior (al proponer, como ya vimos, que el psicoanálisis va más allá de lo particular), y mantiene en pie el segundo término (puesto que el "político" seguirá siendo objeto de tal calificación, al menos en tanto no adhiera a las nuevas "configuraciones" de lo político propuestas por Alemán).

Siempre me han gustado los dichos populares. En particular hay uno que nos recuerda que solemos "ver la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el propio" (más de uno podría utilizar el segundo término de aquella aporía para calificar, ya no al "político", sino al "miembro de la AMP").

No creo que pueda haber mejor representación de la posición de los supuestos... "*non dupes*".

¿Acaso no es evidente que el único sentido en que podría tener algún valor el segundo término de esa "aporía", es en el caso de algún eventual "político" en.... análisis!?

Y justamente, si se tratara de un caso clínico, ya no se trataría de un "político", sino de un sujeto, que habría encontrado en lo político, el soporte para sus ideales. Es decir, ni se trataría de un "político" ni se trataría de ideales "políticos" (puesto que lo político solo está prestando su soporte imaginario y simbólico a los ideales del Otro particular de ese sujeto).

Si ese segundo término es planteado más allá de la dimensión particular de un caso clínico, entonces no se trata más que de ese típico reduccionismo con el cual los psicoanalistas suelen "observar" lo político (es decir, en términos psicoanalíticos, perdiendo de vista la diferencia entre el "político" como caso particular y el campo propio de lo político y lo social) así como tantos otros campos.

Es de señalar que este reduccionismo va de la mano de la ilusión de poder participar en el campo de lo político desde una posición "diferente" (ese narcisismo de la pequeña diferencia sobre el cual los analistas se supone son tan puntillitos), en particular, desde una posición que permitiría apreciar la alienación de los "otros", es decir, escapar uno mismo a dicha alienación.

Salvando las distancias se podría hacer una analogía con el debate que generó la pregunta de J. Allouch acerca de si A. Lobo, cuando torturaba, lo hacía en tanto analista (ver *"Etificación del psicoanálisis. Calamidad"*). La indignación que ha acompañado la respuesta de muchos analistas de "izquierda" solo ha tenido por resultado oscurecer el punto que verdaderamente está en discusión: la cuestión de si la condición de analista es también una condición social, la cuestión de si un analista "es" analista en cualquier circunstancia, tiempo y lugar.

La analogía sería esta: cuando el psicoanalista "observa" al político en los términos planteados por Alemán, ¿lo hace como analista?

Si lo hace como analista, entonces solo podría estar refiriéndose a un caso clínico particular.

Si no se está refiriendo a un caso clínico particular, entonces esa misma "observación" implica que quien la hace erige la condición de "analista" en una condición propia para intervenir en lo social.

Es ahí donde, a mi juicio, los "non dupes"... erran.

La alienación capitalista

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento económico de esta politización del psicoanálisis?

Tal como lo señalaba en el ítem "el mercado del psicoanálisis", el fundamento económico de todas las divagaciones teóricas en torno al fundamento psicoanalítico de la institución de los psicoanalíticos no tiene otro objeto que el de negar la posición dominante que tiene en ellas, como en todo funcionamiento asociativo, la lógica del mercado y del intercambio de mercancías.

Hay algo de lo que nadie suele hablar en público: es del valor como mercancía que tienen los pacientes

Y lo mismo puede decirse de todo el conjunto de servicios y prestaciones que conforman el circuito psicoanalítico: supervisiones, enseñanza, derivaciones, transferencias, etc.

Sin embargo nos encontramos con que el propio Freud, por ejemplo, en una de sus cartas a Fliess, no duda en señalar, junto a su interés por lograr una "tratamiento terminado", el valor económico de sus pacientes: *"Pocos días después de mi retorno naufragó una de mis más orgullosas naves. Mi banquero, el que más había progresado en su análisis, desertó en un punto crítico, justamente antes de la fase en que debía producir las escenas finales. Por cierto que también me perjudicó materialmente, pero ante todo me convenció de que todavía no conozco todos los móviles en juego. Con todo, descansado y fresco como estaba, pude tomarlo a la ligera y consolarme diciéndome que habré de aguardar todavía un poco más para tener entre manos un tratamiento terminado"* (subrayado mío).

¿Cuántos psicoanalistas no se han encontrado en situaciones similares?

¿Cuál es una de las principales preocupaciones, sino la principal, de la mayoría de los psicoanalistas, sino la de cómo conseguir pacientes?

¿Cuándo es más común que un analista acuda a una supervisión si no es cuando percibe que uno de sus pacientes está por irse?

¿No es acaso todo un problema, para la mayoría de los psicoanalistas, poder vivir, como se dice, de su "profesión"?

¿Para qué cosa se acercan gran parte de los psicoanalistas a una u otra institución si no es para tratar de encontrar el camino para superar los vacíos de sus consultorios?

¿No se ha transformado, a su vez, a la "desocupación" de los psicoanalistas en un excelente mercado para el desarrollo de los "posgrados" y otras promesas de "saber" que muchos imaginan sería la vía para... conseguir pacientes? ¿Cuál es, sino esa, la razón del éxito de esos posgrados que combinan su oferta de "enseñanza" con la atención de pacientes que concurren pagando honorarios, como se dice, "institucionales"? (el negocio es redondo: pagan los pacientes y pagan los analistas)

¿Quién no sabe el negocio redondo que son para Miller, como para otros por el estilo, sus visitas a la Argentina (los análisis "concentrados" (como dirían en la IPA), las supervisiones, los honorarios por diversos rubros, etc.)?

¿Cómo no reconocer la ventaja económica que puede significar figurar en el listado de miembros de una institución, y aún mejor, disponer de alguno de sus títulos (didacta, AME, AE, etc.)?

¿Cómo no reconocer que la posición de "enseñante" muchas veces es el paso indispensable para obtener pacientes? ¿Cómo se explica, si no es así, la desesperación de tantos psicoanalistas por obtener algún cargo en la Universidad cuando todos sabemos que esta es una función (al menos en Argentina) prácticamente ad-honorem? ¿Cuál sería el beneficio?

¿Cómo no percibir que en el funcionamiento global siempre habrá una cierta acumulación y cotización de las transferencias, de las derivaciones, etc.?

Más de un amigo me ha recordado que hay cosas que se dicen en el "recinto" y otras que se dicen en los "pasillos", que no conviene decir en el "recinto" lo que se dice en los "pasillos", y que estas son cosas que se suelen decir solo en los pasillos. Me han aconsejado, en consecuencia, que no venga a decirlas al recinto. Que esto tendrá por efecto el rechazo y la exclusión.

Soy consciente de ello.

Pero en ese razonamiento hay algo negado: con esa simple descripción geográfica se obvia el problema de porque son ciertas cosas y no otras las que deben quedar en los pasillos.

No pongo objeción a que siga habiendo cosas que solo se digan en los pasillos. Pero propongo que no sean estas.

Algunos me dirán que, a mi turno, con esta descripción "mercantil", estoy haciendo un reduccionismo muy grande.

No estoy diciendo que nadie se acerque a alguna institución, **también**, para estudiar, o trabajar cuestiones relativas al psicoanálisis. No digo que todo se reduzca al intercambio de mercancías en su aspecto mercantil.

Esto por una razón tan sencilla como estructural.

Con todas las mercancías ocurre lo siguiente: no solo está en juego el valor de cambio, sino también el valor de uso. Como cuando vamos a ver una película que nos gusta, no todo se reduce al intercambio de dinero por una entrada: también hemos disfrutado de la película.

De la misma manera, muchos saldrán satisfechos de un curso de posgrado, o de un grupo de estudio, o de una supervisión, etc.

No se trata entonces de reduccionismo.

Lo que subrayo es que, como con las entradas de cine y la industria cinematográfica, la lógica que se encuentra en posición dominante en este funcionamiento colectivo, es la lógica del mercado capitalista.

El mercado implica un orden de determinación tan estructural como el del lenguaje.

Esto significa también una alienación tan estructural como la del lenguaje.

Y no van a ser nuestras divagaciones sobre la cuestión del Uno y lo múltiple, o sobre la cuestión de los efectos identificatorios, etc. las que nos van a rescatar de la misma.

Por intermedio del mercado "psicoanalítico" es al mercado mundial al que estamos sometidos.

¿O acaso será necesario esperar a que se produzca un devaluación monetaria (como las que ha habido en Asia o Rusia) que vacíe bruscamente nuestros consultorios, en nuestros

respectivos países, para que se ponga en evidencia la enorme crisis en la que está inmersa toda la economía mundial? Que opinen los psicoanalistas mexicanos a ver cómo les fue con el "tequila".

Ahora bien, es un hecho de que esta lógica NO puede primar en el dispositivo analítico.

Como ya lo mencioné, el "hacer" específicamente analítico (el acto analítico) es atópico respecto del mercado de la fuerza de trabajo. Operar como analista en una cura no es lo mismo que la "profesión" de "analista".

También está claro que el analista debe querer el dinero de sus pacientes (querer cualquier otra cosa solo puede conducir a lo peor, en particular, querer el "bien" del paciente).

Pero el analista también debe poder resignar el dinero. Aunque más no sea, porque es la condición para que un final sea posible. En realidad, esta resignación puede ser necesaria en muchas otras ocasiones. En particular, en todas aquellas en que el acto analítico pudiera requerirlo.

En ese sentido, el motivo principal para fundar la institución en el dispositivo analítico, consiste en hacer creer que, por este intermedio, se podría lograr que la lógica del mercado tampoco sea dominante en el funcionamiento asociativo. La referencia al dispositivo analítico solo tiene por objetivo negar este predominio de las leyes del mercado en la institución.

En ese sentido, por más pase u otros dispositivos con que se pretenda fundar psicoanalíticamente la garantía institucional, todas las nominaciones y títulos que la misma otorgue no dejaran de ser cotizados en el mercado, de tener un valor de cambio, y de funcionar como una mercancía.

Por eso insisto: amén de que no hay garantía posible para el acto analítico (puesto que es sin Otro y no hay garantía que releve al psicoanalista de sus responsabilidades como tal), toda confusión sobre ese tema implica una confusión sobre la condición de mercancía que la misma tiene.

La única "garantía" que existe es la que puede aportar el tener las ideas lo más claras posible, tanto sea desde el punto de vista psicoanalítico, como desde el punto de vista político, económico y social.

Desviaciones del psicoanálisis

En función de lo expuesto hasta aquí, pasaré a reseñar, ahora, algunas de las consecuencias que todo esto tiene en lo que hace a la clínica psicoanalítica.

La primera hace al tipo de relación que se mantiene con el texto de Lacan.

Retomando la discusión planteada con P. Bruno, este podría argumentar que sus planteos sobre el "discurso capitalista" son los del propio Lacan.

Y en cierto sentido tiene razón: fue el propio Lacan quien se embarcó muchas veces en este tipo de consideraciones.

Aquí se abren dos discusiones posibles.

La primera consiste en plantear que hay diferentes interpretaciones posibles del texto de Lacan.

Por ejemplo, para P. Bruno (retomando el artículo ya señalado, en la revista *Quarto*) el "lazo social" se caracteriza por "*concernir cada sujeto, uno por uno, en la economía de su goce*", admitiendo para tal conceptualización un alcance sociológico. De ahí el empalme con el matema del "discurso del capitalista".

Pero a esto se le podría objetar, desde el propio Lacan, que la pretensión de utilizar ese matema (el del "discurso del capitalista") en el mismo marco que el que constituyen los 4 discursos del seminario XVII, requiere de toda una reformulación. En efecto, el mismo implica una modificación de la secuencia de las letras, en cuyo caso es toda la estructura de los cuatro discurso la que pierde su lógica (lógica centrada, como dije antes, en dar cuenta del acto analítico en tanto cuarto de giro del discurso histérico al discurso analítico). Por lo tanto, no tiene sentido alguno plantear que en este "quinto" discurso desaparece la imposibilidad de la relación de \$ al "objeto a", pues son todas las relaciones del matema de los discursos las que pierden sentido.

En el mejor de los casos, queda todavía por hacerse la teoría que pueda dar cuenta de la posible inclusión o articulación de este "quinto" discurso con el matema general de los discursos.

En términos más generales, hay muchas referencias de Lacan que son contradictorias con el desarrollo principal de su enseñanza, y que solo han sido esbozos de ideas, o intuiciones, luego abandonadas por el propio Lacan. Podrían ser a veces la clave para pensar algunos temas y para, eventualmente, innovar. Pero para eso, hay que trabajar muy seriamente, no solo esas referencias, sino toda la obra de Lacan, para dar cuenta de cómo la misma debería reordenarse en función de dicha "innovación".

No obstante, por interesante e importante que podría ser esta discusión, no es la más relevante.

Supongamos que pueda demostrarse, de un modo más o menos riguroso, que los planteos políticos de P. Bruno sean propiamente lacanianos. Aún así, hay una pregunta que seguiría pendiente: ¿acaso nuestra filiación psicoanalítica exige que le supongamos a Lacan también un saber sobre lo político?

Por ahí quizás pasen los problemas y las diferencias.

Hay una situación bastante llamativa entre muchos lacianos, y sobre todo en el ámbito de la AMP. Respecto de Freud se pueden, y se acostumbra, subrayar errores (Dora), limitaciones (el fin de análisis, la relación al padre), etc.

Pero respecto de Lacan no. El texto de Lacan funciona como un texto sagrado. Ciento que con los agregados y correcciones que debe tributársele a la "enseñanza" de Miller. Pero como Miller todavía no alcanza a despegar con un estatuto propio, los razonamientos son del tipo: "esto estaba en Lacan, pero no estaba bien desarrollado, ahora viene Miller a completar ese desarrollo". Con lo cual, el mismo tributo a Miller sigue reforzando, al menos por ahora, el carácter infalible del texto de Lacan (lo que no estaría claramente explicado estaría al menos esbozado).

Ahora bien, el punto no es si el texto de Lacan es infalible o no. Como lo señalaba al comienzo de esta carta, el punto es qué suposición de saber le asignamos, es decir, con qué tipo de preguntas nos dirigimos a él.

En lo que a mí respecta, creo que las consideraciones "sociológicas" que hace Lacan deben ser leídas de la misma manera que las consideraciones "sociológicas" de Freud, es decir, con las mismas comillas que utilizo para designar ese estatuto "sociológico". Es decir, como incursiones en lo social cuya validez o interés radica en las respuestas que puedan aportar a las preguntas clínicas actuales.

Sin esta clara limitación, el texto de Lacan se transforma en una referencia filosófica y religiosa.

Y lo que es más importante, esta posición implica que la clínica deja de ser un ámbito de preguntas para convertirse en el campo de aplicación de teorías. De ahí, a reducir la clínica a una técnica ideologizante (por más retórica que se haga en torno a la ética), no hay más que un paso.

Y esto implica profundas desviaciones para el psicoanálisis.

Algo similar podemos constatar en relación a la instrumentación del pase cuando este, en vez de ser un dispositivo de experiencia y enseñanza, se transforma en un mecanismo de sanción y titularización.

La segunda consecuencia grave es la siguiente.

En la medida en que el psicoanálisis se plantea, por parte de los propios analistas, como filosofía política, los conceptos analíticos se ven forzados a sufrir todas las transformaciones necesarias para poder incluir en ellos la legalidad económica y social, de un modo cuasi delirante.

En particular, esto ha puesto al psicoanálisis ante la tarea de pensarse como respuesta a todos los males de la sociedad (consecuencia lógica de planteárselo como alternativa al capitalismo).

De hecho, son cada vez más los artículos y trabajos que buscan precisar lo que se serían las "patologías" modernas o de fin de siglo.

Esto ha conducido al extremo de pensar que el partenaire del psicoanálisis habría dejado de ser la histeria (la neurosis). He aquí entonces a los lacanianos abocados a "repensar" la clínica, como lo hacían los postfreudianos después de la muerte de Freud.

Surgen propuestas de todo tipo.

Una de las más comunes (en una especie de revival de Deleuze y Guattari) es colocar a la psicosis como partenaire del psicoanálisis (es así que leemos cosas como que "*el fenómeno elemental es primordial*" aún en la neurosis, y que en consecuencia, "*la interpretación consiste en cernir al significante como fenómeno elemental del sujeto*").

También son comunes las consideraciones clínicas que parten de una interpretación de lo social en términos de "*declinación de la función paterna*" y que no dejan de conducirnos hacia impasses similares a los que ya hemos experimentado desde hace tiempo con nociones como las de "borderline".

También hay quienes plantean que el psicoanálisis debería rever sus "concepciones sobre la sexualidad" en términos de alineamiento con los reclamos de las comunidades gay, como si la concepción psicoanalítica de la perversión se fundara en las relaciones con la "normalidad" de la época (ya nos decía Lacan respecto de la homosexualidad: "*en un dos por tres, eso va a caer bajo la égida de lo normal, a tal punto que tendremos nuevos clientes en psicoanálisis que vendrán a decirnos: 'vengo a verlo porque no mariconeo (pédale) normalmente'. Esto va a ser un embottellamiento*"¹⁵).

Es llamativa también la desexualización que arrastran muchas de las reformulaciones sobre lo que serían las llamadas "patologías modernas" a las que me refería antes, pues el contrapunto de la pretensión de extensión de los campos de pertinencia del psicoanálisis es la impotencia

¹⁵ Jacques Lacan, "*El saber del psicoanalista*", sesión del 3 de febrero de 1972. Disponible aquí: <http://www.con-versiones.com/nota0644.htm>

en que, de golpe, se encuentran los psicoanalistas ante muchos de esos fenómenos y su refugio en la nueva moda de los abordajes "multidisciplinarios" (tan típicos para los tratamientos de anorexias, bulimias, adicciones, etc.)

Obviamente no hago obstáculos a pensar sin prejuicios todas las nociones psicoanalíticas. De hecho, de alguna manera, cada analista debe recrearlas a partir de su propia experiencia, puesto que la transmisión del psicoanálisis nunca es integral como en el caso de la ciencia.

Pero desde el origen del psicoanálisis nuestro partenaire ha sido la neurosis, y el propio Lacan no dejaba de subrayar en el comienzo de su enseñanza que era la extensión sobre otros campos (niños, psicosis, etc.) el que había generado como retorno una serie de malentendidos y confusiones sobre lo propio de la práctica analítica.

El dispositivo analítico es indisociable de la histeria (tanto discutir acerca del matema de los discursos....)

El día en que la neurosis no responda mas a la subjetividad de la época, el psicoanálisis habrá desaparecido como hecho histórico. Y no veo por qué no habríamos de considerar dicha perspectiva en nuestro horizonte (en todo caso fue una de las que consideró el propio Lacan).

Surgirán quizás otras prácticas. Pero no será psicoanálisis.

La psicosis, como tantas otras experiencias subjetivas, no deben ser campos al que psicoanálisis deba renunciar. Pero sin perder de vista cual es nuestro campo de partida... y de retorno.

Más exactamente, sin perder de vistas los **límites** propios del dispositivo analítico.

La tercera consecuencia importante es la que resulta de la deformación de la noción de "deseo del analista", en la medida en que la misma se desliza hacia una caracterización (atributos) del deseo del sujeto que debe operar como analista.

Ya abordé ese punto anteriormente. Lo que quiero subrayar aquí es que este corrimiento del acento, desde el deseo del paciente hacia el deseo del analista, es correlativo de una tendencia a olvidar que el Otro en juego en psicoanálisis es el Otro particular de cada analizante, y a pensar ese Otro de un modo universal o cultural. En síntesis, una desviación que transforma al psicoanálisis en una cura de desidealización. Lo que, obviamente, no puede conducir más que a la correspondiente idealización del psicoanálisis, sus instituciones, y sus "maestros".

La cuarta consecuencia que me parece importante es en realidad, para mí mismo, una hipótesis.

Una de las razones que hacen, ya no a la crisis de las instituciones psicoanalíticas, sino al desarrollo en general del psicoanálisis, es la extensión temporal cada vez mayor que van teniendo los análisis. En efecto, este factor, combinado con la impronta cultural del "fast..." (food, delivery, etc.), forzosamente conduce a que el psicoanálisis sea un producto en franca desvalorización.

Cabría preguntarse a qué se debe esta extensión creciente en la duración de los análisis.

Clínicamente este problema se plantea como las dificultades para la curación de la "*neurosis de transferencia*" (entendida esta en sentido estructural).

Una de las respuestas posibles podría buscarse por el lado de pensar en una incidencia de las variaciones de la subjetividad de la época.

A mí me parece que también cabría la posibilidad de pensar que existe una tendencia "retentiva" por parte de los analistas. En todo caso, esta hipótesis respondería bastante bien a lo que sería una incidencia del funcionamiento asociativo que niega las leyes del mercado, sobre la propia práctica de los psicoanalistas, es decir, un efecto del olvidar el valor que como mercancía tienen los pacientes.

Pero visto que sobre este tema no hay casi referencias a partir de las cuales discutir, es difícil ir más allá de una mera suposición o hipótesis.

Proposiciones para una institución de psicoanalistas

Las proposiciones que tengo para hacer son muy simples y se deducen de lo anteriormente expuesto.

El problema principal, a mi juicio, pasa por ponerle **límites** a nuestras pretensiones.

En particular, sería un error insalvable volver a insistir en la ilusión de una extraterritorialidad analítica respecto de las formaciones sociales y la crisis política y económica del conjunto de la sociedad. Una posición de ese tipo no nos acercaría ni un ápice al psicoanálisis y solo sumiría en los impasses propios de la ilusión pequeñoburguesa de escapar de la crisis social y la lucha de clases.

Hoy más que nunca es imprescindible tener presente la función del no analista en una institución de psicoanalistas, tanto sea por la participación directa de personas como por la discusión de ciertos problemas donde es imperioso precisar los límites del psicoanálisis.

En particular, es necesario abordar la discusión acerca del funcionamiento del circuito psicoanalítico como mercado y sus efectos institucionales.

Uno de los puntos donde se juegan estos problemas, a nivel institucional, pasa por la cuestión de suponer que el funcionamiento asociativo más propicio al psicoanálisis solo podría ser garantizado a partir de dispositivos propios del psicoanálisis, como por ejemplo el cartel y el pase.

Creo que estos son dispositivos aptos para ponernos a trabajar en relación al psicoanálisis.

Pero no son dispositivos aptos para controlar el funcionamiento asociativo.

Creo que la legalidad de dicho funcionamiento brinda sus propias herramientas para poner los frenos necesarios a los procesos de acumulación y apropiación económicos.

Una de esas herramientas fue inventada hace más de 2000 años: la asamblea con estatuto soberano. Y sigue siendo el principal recurso de la democracia.

¿Por qué no hacer un buen uso del mismo?

La situación del psicoanálisis, actualmente, requiere de espacios y tiempos que permitan discutir, conocerse, precisar los planteos, pensar los problemas clínicos, políticos, económicos, etc.

El eje no puede ser el de los reagrupamientos ciegos para "enfrentar" a Miller u otros por el estilo.

El eje no puede ser el de desarrollar nuevos criterios de selección, es decir, de exclusión.

El eje tiene que pasar por la escucha, la tolerancia, el debate, la amplitud.

No es el momento de cerrar (filas, o lo que sea) sino de abrir.

Es necesario que todos puedan, no solo hablar, sino pensar.

Es necesario un tiempo para comprender.

Creo que es necesario garantizar un funcionamiento democrático basado en asambleas abiertas, lo que aseguraría un freno a los manejos discrecionales y los abusos de poder.

Creo que es necesario que facilitemos, por todos los medios, la discusión con los psicoanalistas de todas las extracciones institucionales y de todas las orientaciones. Sin esto no podrán ocupar un lugar destacado las discusiones propiamente psicoanalíticas, y las eventuales divisiones, como siempre ha ocurrido hasta ahora, no se fundarán a partir de verdaderas diferencias teóricas y clínicas, sino a partir de simples rivalidades de grupos, es decir, económicas.

Creo que un funcionamiento de este tipo provocará el rechazo por parte de todos aquellos que están acostumbrados a, como se dice, un manejo de "quintas".

Pero es el desafío que se nos plantea para poder superar los sistemáticos fracasos institucionales.

Espero que esta sea la ocasión para replantearnos seriamente el lugar y el sentido del psicoanálisis.



Michel Sauval nació en Montevideo, Uruguay, de padres franceses, lo que le ha habilitado dos lenguas y dos nacionalidades: Francia y Uruguay. En los 70 emigró a la Argentina, a la ciudad de La Plata, en cuya Universidad Nacional estudió, se recibió de Ingeniero Electricista (con "medalla de oro" al mejor promedio), fue Profesor en la Facultad de Ingeniería (en la cátedra "*Teoría de las Máquinas Eléctricas*") y trabajó como investigador en el IITREE (*Instituto de Investigaciones Tecnológicas para Redes y Equipos Eléctricos*, dependiente de la UNLP) durante toda la década del 80.

Pero esa profesión no sería su destino. Comenzó a estudiar Historia del Arte en la Facultad de Bellas Artes (entre 1984 y 1987), hasta que la circunstancia del encuentro con un psicoanalista (como respuesta a una consulta) le dio otro cauce a sus síntomas y su historia. Luego de un primer análisis, estudió Psicología en la Universidad Nacional de Buenos Aires

(haciendo la carrera en 3 años: entre agosto de 1984 y diciembre de 1987).

Fue docente en las cátedras de "*Psicopatología*" y "*Escuela Francesa*" en la Universidad Nacional de La Plata, y participó de la vida institucional psicoanalítica en La Plata, hasta 1992, cuando se mudó a Buenos Aires, donde reside y desarrolla su práctica desde entonces.

En 1995 fundó la revista [Acheronta](#) (cuya dirección ejerce desde entonces), y poco después, el portal [PsicoMundo](#), en torno al cual se ha desarrollado una de las experiencias editoriales psicoanalíticas más importantes de la Internet de lengua latina (entre cuyas áreas cabe destacar el Programa de Seminarios por Internet, [EduPsi](#)).

Ha dictado seminarios y publicado numerosos artículos y trabajos.

Practica el [psicoanálisis](#) en Buenos Aires y La Plata

ISSN-0329-9147
Acheronta
Revista de Psicoanálisis y Cultura
www.acheronta.org

psiconet.com
psicomundo.com
PsicoMundo
La red psi en Internet

EduPsi.com